

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 9, capítulo CXXXII**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**Carlos Sánchez Silva**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 9, capítulo CXXXII**

**Anotado y revisado por  
Carlos Sánchez Silva  
(UABJO)**

**con la colaboración de  
Maira Cristina Córdova Aguilar**

## **Capítulo CXXXII**

**Maximiliano abrumado por presiones  
del Papa y Napoleón**

**Octubre a diciembre de 1864**

## **CXXXII**

### **MAXIMILIANO ABRUMADO POR PRESIONES DEL PAPA Y NAPOLEÓN**

**Octubre a diciembre de 1864**

Índice del grado de dependencia que Maximiliano se esmeraba en tener respecto a Napoleón, es el mensaje que el consejero Eloin envía al ministro de México en París, trasmitiéndole la orden de que pida a Napoleón que seleccione un jefe de policía francés.

A principios de noviembre, regresó Maximiliano de su gira por el centro del país y se encuentra con malas noticias que le da a conocer al mariscal Bazaine, quien se toma la libertad de hacer críticas en tono impropio, toda vez que se dirige a un monarca.

El lector podrá ver que el panorama, según Bazaine, no es de sumisa aceptación al imperio, en todo el país hay partes, de mayor o menor importancia, que rechazan al invasor.

Se anuncia en ese documento que se está preparando la expedición que marchará hacia Oaxaca por la ruta de la mixteca.

Se conoce que tampoco el emperador regresa satisfecho de su gira y en nota al ministro Velázquez de León, señala que sus deberes de soberano lo "obligan a proteger al pueblo con un brazo de hierro"; que en vista de ello, las guerrillas armadas "serán consideradas como gavillas de bandidos".

Expide un decreto suprimiendo el uso de condecoraciones ganadas en la guerra civil o sea las concedidas por los gobiernos de Miramón y Zuloaga.

También declara nulas, por decreto, todas las enajenaciones de terrenos baldíos llevadas a cabo "por el gobierno de don Benito Juárez desde su salida de esta capital".

En interesante carta particular del ministro Francisco J. Ramírez al representante del imperio en París, relata y en ella destaca, con decepción, las tropelías cometidas por los franceses que actúan como si estuvieran en país de conquista. Esto ocurría tanto en el nivel de las finanzas como en la conducta de los oficiales, etc. El lector podrá saborear las páginas escritas por un funcionario imperial que entre líneas lamenta haber traído fuerzas invasoras.

En carta a Napoleón, Maximiliano comunica que tiene noticias de que la corte pontificia le planteará exigencias superiores a las que le ha presentado el clero mexicano.

Napoleón no se recata y en carta de 16 de noviembre, muy larga por cierto, da consejos en tono de tutor a Maximiliano en relación a asuntos de gran envergadura, como son los relativos a los bienes del clero y la organización administrativa y financiera.

La correspondencia entre Carlota y Eugenia es nutrida e interesante. Claramente se observa que Napoleón usa como mensajera a Eugenia y que, a su vez, Maximiliano le hace el mismo encargo a Carlota. En este capítulo aparecen algunas piezas selectas de este intercambio epistolar entre las dos emperatrices.

La vigencia e interpretación de la convención de Miramar es motivo de controversias y de discusiones, tanto en París como en México, lo que puede constatarse en la carta del consejero Eloin al marqués de Montholon, de 4 de diciembre.

En una de esas cartas, Carlota comenta a Eugenia la religiosidad del pueblo mexicano y tiene una frase tajante por demás objetiva: "El pseudo catolicismo creado por la mezcla con la religión indígena ha muerto con los bienes del clero, su base principal".

A mediados de octubre, el Papa Pío IX designó a monseñor Meglia, nuncio apostólico, para que se trasladara a la ciudad de México a examinar con Maximiliano los problemas existentes entre la Iglesia y el imperio. Monseñor Meglia fue el primero y único nuncio que ha tenido el Vaticano en México, acreditado ante gobierno alguno. Durante la colonia, el Vaticano trataba los asuntos políticos y religiosos con el rey de España.

En los primeros cuarenta años del México independiente, el Estado mexicano no mereció la designación de un funcionario de esa categoría y con posterioridad a la caída del imperio de Maximiliano, por no existir relaciones entre el Vaticano y el Estado mexicano, según lo establecieron las Leyes de Reforma, no ha sido posible la designación de un nuncio.

En los últimos decenios el Vaticano ha enviado a México un delegado apostólico con funciones representativas únicamente en relación con la Iglesia católica y sin ningún nexo formal u oficial con el gobierno nacional".

Monseñor Meglia había sido anteriormente nuncio ante el emperador Napoleón y tuvo algunos incidentes con él, derivados, principalmente, de su carácter seco, áspero, intransigente, poco dúctil, según lo califica la emperatriz Eugenia, como podrá ver el lector en algunas cartas que aparecen en diversos capítulos.

El Papa Pío IX envió por conducto de monseñor Meglia una carta reservada que conservó por varios años ese carácter, pues no fue publicada de inmediato, sino hasta 1869, en la obra de Lefevre por primera vez.

Recomendamos al lector una cuidadosa lectura de esta comunicación pontificia, donde se califica como "inicia" a la legislación de la reforma y reconoce que había visto con buenos ojos el establecimiento del nuevo imperio. Destaca también que, el haber sido escogido un príncipe de familia católica para monarca, fue un motivo más de alegría, pero al observar que no se deroga la legislación reformista, considera "frustradas hasta ahora nuestras esperanzas". El Papa le pide que ponga manos a la obra y que rectifique la acción de la reforma.

Llega al fin, a principios de diciembre, el nuncio apostólico, monseñor Meglia. Hemos creído conveniente representar el boletín oficial en que se describe la ceremonia de recepción, que tuvo lugar el día 1º, así como los discursos cruzados entre monseñor Meglia y Maximiliano.

El gabinete de Maximiliano preparó, pocos días después de la llegada del nuncio, un proyecto de concordato que recomendamos al lector examine con atención.

Con habilidad, se trata de establecer la libertad religiosa y el control de la Iglesia católica por parte del imperio, en cuanto que los servicios religiosos serían gratuitos y el Estado cubriría un sueldo a los sacerdotes. También se pretende que el emperador tenga, frente a la Iglesia mexicana, los mismos derechos que en el pasado habían tenido los reyes de España.

Ese mismo día, 24 de diciembre, el ministro de Justicia Pedro Escudero, solicita al nuncio que, en vista de que se ha negado a discutir los nueve puntos presentados en el proyecto de concordato, porque dice carecer de instrucciones, rectifique por escrito esa información y le hace saber que tomará algunas disposiciones sobre cuestiones que no admiten espera.

Al día siguiente, el nuncio apostólico por escrito indica que sus instrucciones coinciden con la carta de Pío IX de que fue conducto y que no está facultado para discutir el mencionado proyecto de concordato, que, en suma, considera que su función se orientaba primordialmente a "ver, revocar y abolir, al mismo tiempo que las llamadas Leyes de Reforma, todas aquellas contrarias a los sagrados derechos de la Iglesia, aún en vigor aquí".

Es también interesante la nota de Maximiliano al ministro Escudero en que comenta la actitud del nuncio y le pide que prepare desde luego un plan para "la rectificación de las operaciones legítimas ejecutadas sin fraude, conforme a las leyes que decretaron la abolición de los bienes de manos muertas, haciéndolos pasar al dominio de la nación".

Ya para terminar el mes, Maximiliano escribe una larga carta a Napoleón III contestando la de 16 de noviembre y, en forma sumisa, contesta, punto por punto, los temas que Napoleón le ha tratado. Critica a la regencia y a la administración francesa que no adelantaron en la solución de estos problemas antes de su llegada, concluye con una frase por demás absurda: "Cuanto más estudio al pueblo mexicano, más me convenzo que habrá que tratar de hacerlo feliz a pesar

de él y sin su colaboración". Es difícil encontrar un pensamiento más antidemocrático.

Ante la negativa del nuncio a discutir los problemas planteados por Maximiliano, se da instrucciones al ministro del imperio ante el Vaticano para que plantee ante la Santa Sede, esa cuestión. A ese fin se acompaña un memorándum en que se relatan todas las peripecias de la negociación con el nuncio.

Efectivamente, Pedro Francisco Meglia, arzobispo de Damasco, es activo y de difícil trato. No se queda callado cuando la comunicación de Maximiliano al ministro Escalante es publicada en el *Diario Oficial* e inmediatamente contesta protestando porque se desea hacer recaer sobre el Papa la responsabilidad de la crisis.

Seguramente los arzobispos de México y Michoacán y los obispos de Querétaro y Tulancingo deben haber enviado una exposición a Maximiliano, comentando la crisis en las relaciones con el Vaticano. No hemos podido localizar ese documento, por lo que sólo reproducimos la respuesta de Maximiliano que es tremendo latigazo contra el clero político. Dice en uno de sus más salientes párrafos que "la Iglesia mexicana, por una lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en los asuntos de los bienes temporales, olvidándose en esto y despreciando completamente las verdaderas máximas del evangelio".

También afirma que el pueblo mexicano es bueno y piadoso "pero no es católico en el verdadero sentido del evangelio y, ciertamente, que no es por su culpa".



# **DOCUMENTOS**

**Octubre a diciembre de 1864**

HASTA EL JEFE DE POLICÍA SE PIDE A NAPOLEÓN

Telegrama de octubre 30 de 1864

(Sr. José M. Hidalgo)  
(Ministro de México en París)

El emperador desea que pidáis directamente al emperador Napoleón un jefe de policía que hable español, quien escogerá 12 agentes que hablen también español, de los cuales cuatro secretos y que dicho jefe venga con ellos de incógnito lo más pronto posible.

Los sueldos se fijarán de acuerdo con corta. La recepción en México ha sido perfecta.

Félix Eloin

AL REGRESAR MAXIMILIANO,  
BAZAINE LE COMUNICA MALAS NOTICIAS

México, noviembre 3 de 1864

(A vuestra alteza ilustrísima, el archiduque Maximiliano)

Señor:

En el momento en que vuestra majestad vuelve a entrar en la capital del imperio, creo de mi deber colocar a su vista el conjunto de las impresiones que produjeron en mi ánimo las últimas noticias que me enviaron los señores comandantes superiores.

Las modificaciones hechas por V. M. en el personal administrativo de las diversas localidades recorridas, especialmente en Guanajuato, no parecen haber producido todo el efecto que se podía esperar de ellas.

El tesoro público queda en la misma situación que antes y este departamento, uno de los más ricos del imperio, no puede cubrir sus gastos, mientras que hace algunos meses cubría su presupuesto y podía enviar cantidades bastante fuertes<sup>1</sup> a la capital.

En Zacatecas, todo el sur del departamento está pacificado y organizado; las bandas han desaparecido y el mismo prefecto político conviene en que no hay inconveniente en poner en libertad a los hermanos Delgado, encarcelados como autores de los desórdenes que desolaban el país y bajo la prevención de connivencia con los disidentes.

En consecuencia, el señor general L'Herillier ha dado la orden de libertar ambos prisioneros que gozarán del beneficio de la amnistía

decretada por V. M., bajo la única garantía, consentida por ellos, de no ocuparse más de política.

Sé, por otra parte, de origen cierto, que los hermanos Delgado, que tienen una gran fortuna, habían prometido una fuerte cantidad a quien los hiciera salir de la cárcel.

Se me señala un acto nuevo de intolerancia religiosa en Zacatecas donde se ha negado el sacramento de la bendición nupcial a un señor llamado Barbollo, por ser la futura, madama viuda Esparza, propietaria de bienes nacionalizados. La denegación del Sr. Guerra, cura de la parroquia y hermano de monseñor el obispo, se ha hecho presente a la autoridad civil que no se creyó autorizado a unir civilmente a los dos futuros y los envió de nuevo a la autoridad eclesiástica.

Este asunto ha producido un verdadero escándalo en Zacatecas, donde las tendencias de invasión del clero son notoriedad pública y no hallan freno ninguno en el prefecto político a quien falta la energía necesaria.

Tengo el honor de dirigir a V. M. el adjunto documento relativo a este negocio.

Los funcionarios que están a la cabeza de la administración civil de Puebla, pasan por no gozar de toda la popularidad deseable; su influencia sobre sus administrados no es la que necesita su posición. Se les reprocha la falta de actividad necesaria como jefes de una gran ciudad.

La policía no está organizada en esta ciudad donde los agentes encargados de vigilar sobre la seguridad de los ciudadanos, pasan por ser cómplices de la mayor parte de los robos y otros crímenes que se perpetran en ella. El contrabando se ejerce en Puebla en grande escala y la voz pública pretende que la impunidad con que obran los contrabandistas proviene de la complicidad que tienen con ellos algunos funcionarios colocados muy alto en la administración.

Se me señala igualmente la influencia del clero como ejerciéndose de una manera peligrosa y poco propia a inspirar a las poblaciones ideas de orden y de moralidad. Algunos sacerdotes viven públicamente con mujeres y niños; otros niegan la sepultura a los desgraciados cuyas

familias no pueden satisfacer los gastos del entierro que son muy fuertes.

Se habla muy alto de donaciones arrancadas a espíritus débiles para tal iglesia o tal convento.

No creo inútil señalar a V. M. una táctica del clero que consiste en hacer pasar por bienes de la categoría de bienes morales, lo más que pueden de bienes eclesiásticos, apoyándose, para esto, en un acuerdo del Sr. Gral. Forey que coloca los bienes morales entre los que no deben someterse a la revisión, sino devolverse inmediatamente a la autoridad eclesiástica.

En resumen, el estado de Puebla no me parece organizado. Todo está por hacerse en él y a la misma ciudad le falta la animación que sería fácil devolver a este gran centro tan rico y activo en otros tiempos.

Dos hechos sensibles y que vienen en apoyo de la falta de organización que se reprocha a Puebla se han producido recientemente.

El 26 de octubre próximo pasado, la guardia civil de Tepeji y los prisioneros civiles, han salido de acuerdo, después de haber hecho fuego contra el prefecto que por fortuna no fue herido. Por otra parte, el espíritu de la población de Tepeji es conocido por ser muy hostil.

El escuadrón Rodríguez no ha sido pagado; un gran número de los hombres que lo componen han desertado y la causa se atribuye al poco cuidado que se tiene en darles su sueldo.

En Orizaba, las autoridades civiles han comprendido bien su misión y todo parece marchar en una buena vía.

Después de mucho tiempo se me representa al prefecto político de Córdoba, como animado de un espíritu muy malo. El de Tehuacán me es señalado como absolutamente incapaz.

Hay mejoramiento en la situación general del departamento de San Luis Potosí; las cárceles se vacían, la justicia funciona más regularmente. El tesoro tiene una tendencia a rehacerse y el comercio parece volver a tomar su vuelo. El fin de la estación de las lluvias y

la apertura de las comunicaciones con Tampico favorecerán, muy ciertamente, este movimiento ascendente.

Bajo el punto de vista militar todo marcha regularmente. El Gral. Castagny, que se dirige sobre Chihuahua, se halla en este momento en Parras.

Se han dado órdenes para la expedición de Mazatlán que debe hallarse en vía de ejecución.

El Gral. Douay debe hallarse en Colima, de donde volverá por Michoacán para establecerse momentáneamente en Morelia después de haber organizado las localidades por las cuales habrá pasado.

En fin, la expedición contra Oaxaca está preparándose; se hacen provisiones de toda naturaleza en Yautitlán, se trabaja en los caminos para hacerlos practicables a la artillería... y pienso que las operaciones comenzarán a fines del mes de noviembre o en los primeros días de diciembre.

Tengo el honor, etc.

(Francisco Aquiles) Bazaine  
El mariscal comandante en jefe

## MAXIMILIANO REGRESA DISPUESTO A USAR MANO DURA

México, noviembre 7 de 1864

(V. E. Excmo. Sr. F. Eloy)

Mi querido ministro de Estado:

De vuelta del penoso viaje que he emprendido en los departamentos del interior, durante el cual he recibido en cada ciudad, en cada pueblo, en cada aldea, las marcas de la más sincera simpatía y del más cordial entusiasmo, he podido deducir de él las dos verdades que siguen, ambas irrefutables.

La primera es que el imperio es un hecho basado sobre la libre voluntad de la inmensa mayoría de la nación y que es la impresión de un gobierno verdaderamente progresista, así como conviene hoy día a las necesidades de todos los pueblos.

La segunda, es que esta misma mayoría inmensa tiene sed de paz, de tranquilidad y de justicia; que espera estos beneficios; que los pide con ansiedad a mi gobierno y que, al recordarme los deberes sagrados que he contraído tanto para con dios como con las poblaciones que me han elegido, estoy muy decidido a dárselas.

La justicia hallará su base en instituciones adecuadas a nuestra época, en las cuales se están obrando cada día con el más gran celo.

Mi gobierno se halla decidido a consagrar toda su vigilancia y energía para restablecer la paz en este país tan hermoso e inmenso y desarrollar inmediatamente sus prodigiosas riquezas.

Si hasta el día de hoy ha usado de indulgencia para con sus adversarios políticos, a fin dé darles el tiempo y la ocasión de reconocer la voluntad nacional e inclinarse ante ella, es ahora para él un deber



imperioso de combatirles porque su bandera no lleva ningún credo político y no tiene más objeto que el robo y el asesinato.

Mis deberes de soberano me obligan a proteger al pueblo con un brazo de hierro y, para corresponder a los deseos expresados altamente por todas partes declaramos, como jefe de la nación, con conocimiento entero de nuestra misión sagrada y del deber que hemos aceptado, que todas las guerrillas armadas que recorren todavía nuestra hermosa patria para destrozarla turbando, amenazando a los ciudadanos laboriosos en sus trabajos y en su libertad, serán consideradas como gavillas de bandidos y caerán, por lo tanto, bajo la severidad inflexible e inexorable de la ley.

En consecuencia, ordenamos a todos los funcionarios, magistrados y jefes militares de la nación de perseguirlas y de exterminarlas con sus tropas.

Si nuestro gobierno respeta todas las opiniones políticas, no puede tolerar unos criminales que violenten la primera de las libertades que tiene que garantizar, la de las personas y de las propiedades.

Dado en el palacio de México, a 5 de noviembre de 1864.

Maximiliano

EL IMPERIO SUPRIME  
LAS CONDECORACIONES POR GUERRAS CIVILES

Maximiliano,  
Emperador de México

Considerando que las desgracias de México no reconocen otro origen que la obstinada lucha que han sostenido los partidos políticos por más de 40 años;

Considerando que cansado este pueblo de tantos sufrimientos ha abierto un nuevo camino para alcanzar la paz y la prosperidad a que está llamado por los ricos elementos que encierra;

Considerando que nada es más justo que borrar todo aquello que avive la memoria de los grandes infortunios pasados;

Con este objeto y con el de que en lo sucesivo no haya entre los mexicanos ninguna señal que demuestre divisiones intestinas que deben cesar para siempre, hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Artículo 1º—Se prohíbe el uso de todas las cruces, medallas, escudos y cualquier otro distintivo que se haya creado para premiar servicios prestados en la guerra civil. En consecuencia, se derogan las leyes y disposiciones relativas a los expresados distintivos.

Artículo 2º—Quedan vigentes las leyes y órdenes que han concedido distintivo de honor por los servicios prestados en la guerra de la independencia; por la batalla de Tampico en 1829; por la campaña de Texas en 1835 y 1836; por la defensa de Ulúa en 1838 y por la guerra de los Estados Unidos de América en 1846 y 1847.

Subsistirán igualmente la cruz acordada a la constancia militar y las medallas del mérito civil y militar.

Artículo 3°—Los que contraviniendo a estas prevenciones usaren alguno de los distintivos que se extinguen, serán castigados con 50 pesos, aumentándose, en caso de recaída, del doble cada vez.

Artículo 4°—Nuestro ministro de Negocios Extranjeros queda encargado de la ejecución del presente decreto.

Dado en el palacio de México, a 7 de noviembre de 1864.

Maximiliano

MAXIMILIANO TRATA DE ESTORBAR  
EMPRÉSTITOS AL GOBIERNO LEGÍTIMO

México, noviembre 14 de 1864

Maximiliano, emperador de México,  
oído nuestro ministro de Fomento  
Decretamos:

Habiéndose declarado nulas por nuestro decreto de 8 del presente, todas las enajenaciones de terrenos baldíos hechas por el gobierno de don Benito Juárez desde su salida de esta capital y estando también declarados sin valor alguno, por el decreto de 23 de julio de 1863, los contratos de cualquiera clase que el mismo gobierno celebrare, es nula, por consecuencia, la hipoteca que de los propios terrenos se hubiere hecho con el objeto de negociar préstamos o proporcionarse otros recursos.

Nuestro ministro de Negocios Extranjeros queda encargado de comunicar este decreto a las legaciones y demás agentes del imperio.

Maximiliano

Al ministro de Fomento.

LOS FRANCESES EN PAÍS CONQUISTADO  
SEGÚN EL MINISTRO DE ESTADO DEL IMPERIO

México, octubre 18 de 1864

Excmo. Sr. don José Hidalgo

Muy señor mío de mi particular aprecio:

Voy a contestar a usted su apreciable que trajo el paquebote francés, ateniéndome a mis recuerdos pues, habiéndola recibido ayer tarde y en los momentos que se despachaba un correo del emperador, la envié original por las interesantes noticias que contiene.

Mucho me han preocupado las especies que se han transmitido a ese gobierno con respecto a la liquidación de créditos franceses. Son enteramente inexactas y apasionadas y el cendal<sup>1</sup> con que se velan pretensiones irregulares que yo no puedo ni debo acoger. Las que el Sr. Montholon me ha insinuado en conversaciones confidenciales son: primera, que se haga una entidad separada de la masa de créditos llamados de la convención *Penaud* y que se les aplique la cuantiosa suma recaudada en Veracruz, pues juzga que éstos tienen un derecho preferente a ella y que no deben participar de su monto los otros, reservándose para el fondo de la convención de Miramar. Yo no encuentro justa esta idea; pareceme que debe distribuirse entre todos proporcionalmente. Sin embargo, como no es punto que importa a nuestro gobierno sino a los acreedores, solamente lo

---

<sup>1</sup> Significa cedazo.

recibo en la parte que afecta directamente mi responsabilidad. Aceptando yo la idea, se entendería que autorizaba la distribución y los acreedores perjudicados tendrían derecho para exigir que se les igualara. He aquí una de las trascendencias consiguientes a esa imaginaria separación o dualidad de convenciones.

La segunda pretensión del Sr. Montholon es de tal naturaleza que basta enunciarla para comprender su imposibilidad. Lo que realmente quiere es que yo borre de la convención de Miramar el artículo 16, pues a esto equivale el nombramiento que pretende de un séptimo comisario con la facultad de decidir definitivamente los empates de la comisión revisora; quiere también que la de aquí tenga la liquidación definitiva. ¿Cuáles serán, entonces, las atribuciones de la comisión de París? El intento es nulificarla y el señor ministro se manifiesta abiertamente contra ella, exponiendo multitud de razones de conveniencia. Suponiendo que fueran muy buenas y aceptables, usted convendrá en que yo no podría hacer novedad alguna en el convenio aceptado por los soberanos de México y de Francia. Debo agregar, en obsequio de la justicia, que juzgo al Sr. Montholon apremiado y molestado por las exigencias de los acreedores.

Su preocupación en este punto se reconoce por el siguiente pasaje: Yo había aceptado el proyecto que me propuso de certificado, con las dos solas modificaciones que usted verá en la copia de mi carta que le acompaño oficialmente. Nos arreglamos sobre la primera conviniendo, a propuesta suya, en no hacer mérito de ninguna convención, pero resistió enérgicamente la segunda, que expresaba quedar el crédito pendiente de liquidación, alegando que con ella se despreciaba el certificado y los interesados sufrirían fuertes quebrantos en su enajenación.

Yo le contesté que su observación me parecía perfectamente exacta, pero ya en oposición representaba otra de mayor gravedad, cual era la ocasión que se deriva a engaños y fraudes, pues si tales documentos se introducían en el mercado por el valor que figuraban y

después resultaba disminuido en la liquidación, el portador sería víctima de tal superchería. A esta grave observación me contestó el señor ministro que ese era negocio de los interesados. Tal respuesta no me permitía ponerle la réplica conveniente sin riesgo de ofender, pero tampoco podía satisfacerme. Aceptando su principio habría expuesto al gobierno de S. M. y a mí mismo al reproche de haber dado ocasión al fraude, con la obligación de reparar sus consecuencias.

He aquí el resumen de mis lamentables diferencias con la legación de Francia, al paso que quisiera tenerla enteramente grata. Lo racional y conveniente en el caso, sería diferir la expedición de certificados para cuando la comisión de París hubiera hecho las liquidaciones, pero el señor ministro lo rehúsa y aun se enfada de la proposición.

Respecto a la negativa de reconocer un interés de 3% a los créditos franceses, no tengo más que una respuesta y es que S. M. entiende no haber contraído tal obligación. En este sentido me ha dado sus órdenes. ¿Puedo yo contrariarlas ?... Hay, además, dos observaciones: primera, que al Sr. Montholon manifesté desde el principio que este punto debía reservarse a la resolución de los dos soberanos y, por lo mismo, no debíamos preocuparnos con él. Segunda, que todas las veces que se ha tratado, exige su excelencia el 6%.

La queja por la paralización, retardo o como quiera llamarse, de los trabajos de la comisión liquidatoria, es absolutamente infundada. Los comisarios mexicanos son los únicos que trabajan y lo hacen diariamente. Los franceses han dejado de concurrir porque no se obsequian las pretensiones que han sugerido al Sr. Montholon y de que hablé antes. De ellos es, por consiguiente, la culpa. Oficialmente acompaño el informe de aquéllos.

Más infundadas aún son las quejas relativas a la poca consideración, etc., etc., que se dice dispensamos a los franceses en general. Hacemos más de lo que debemos y toleramos lo que no se toleraría en parte alguna. Sería necesario un volumen si quisiera entrar en todos los pormenores. Bastarán unas cuantas reminiscencias para juzgarlos.

La municipalidad de esta capital ha remitido un estado de las exhibiciones que ha hecho para el ejército francés y de él aparece que, en los ocho meses transcurridos del 1° de diciembre al 31 de julio último, ministró a los generales, jefes y oficiales, para alojamientos \$20,117. A sus oficinas, empleados, oficiales y gastos \$37,484.47 sin contar \$ 28 543 pagados por arrendamientos de los locales que han ocupado las tropas. El estado a que me refiero, concluye con la siguiente nota: "Por esta sección se han remitido a la pagaduría del ejército francés, desde 31 de diciembre de 1863 hasta 30 de julio último, \$ 161,000. Según las distribuciones remitidas por el señor pagador del mismo ejército al señor prefecto municipal, referentes al tiempo corrido desde 30 de diciembre de 1863 a 15 de julio último, resulta invertida hasta entonces la cantidad de \$ 130,732.48 ctvs."

Esas cuantiosas exhibiciones se explican sabiendo que a los generales y jefes se pasan desde \$ 250 hasta \$ 350 mensuales para alojamientos y a los oficiales en proporción, según el favor que disfrutan. La franquicia llegó hasta el abuso. Sucedió que habiendo marchado al interior algunos jefes superiores, se continuó pagando el arrendamiento de las casas que dejaban desocupadas porque querían conservarlas para su vuelta; esas casas vacías nos costaban \$ 800 mensuales, a la vez que era necesario pagarles otro alojamiento en el lugar donde se encontraban. El mariscal Bazaine está infinitamente mejor alojado que nuestro emperador. Ocupa un magnífico palacio en que se gastaron no pocos millares de pesos sólo para amueblarlo. También sufragamos los gastos, según verá usted por la adjunta noticia. ¿Son éstas, por ventura, muestras de poca consideración?

La tropa francesa que prestaba el servicio de policía recibía un sobresueldo y el gobierno les paga para que se diviertan, dándoles \$ 130 por cada función dramática que hacen. Últimamente algunos protestantes franceses que quisieron ejercer su culto, se apoderaron de los asientos del aula del colegio de San Ildefonso y del colegio de abogados; rehúsan devolverlos y esta secretaría paga el arrendamiento de local donde se reúnen. El caso es significativo por lo extravagante.



Si entramos en la parte administrativa, es mejor callar y así lo he hecho con lo ocurrido durante la ausencia del emperador. Pero diré que no se puede dar cargo en la administración a los jefes franceses sin levantar reclamos. No guardan consideración a las autoridades del país y quieren obrar como en territorio conquistado. Ha pocos días que fusilaron a un mexicano sin dar ni siquiera noticia al prefecto y, lo que es más grave, a pesar de que había implorado el indulto.

El tribunal de Puebla ha comunicado al ministerio dos actos atentatorios en sentidos opuestos. Un oficial francés ha extraído de la cárcel a un reo que juzgaba la justicia ordinaria y lo hizo ahorcar en el acto, sin más formalidad. Otro oficial extrajo también de la cárcel a un reo procesado por homicidio y lo puso en libertad declarándolo indultado por sí y ante sí.

Es un hecho ya plenamente probado que las tropas francesas que invadieron a Huauchinango, saquearon y robaron la población. Ya conoce usted las hazañas del coronel Dupin y, a la inversa, sabe también que divisiones respetables como la que ocupa Guadalajara ha permanecido meses enteros descansando sobre las armas a cuatro pasos del enemigo, consumiendo enormes sumas, dejando destruir impunemente el territorio circunvecino. El emperador recorre el país aventurándose a peligros sin lograr dar el impulso que se esperaba. Se han invertido los papeles.

Después de las tales cuales especies relatadas no podría extrañar el desvío, finalidad o como quiera llamársele, de que se quejan los franceses y, mucho menos, considerando que en la población hay necesariamente muchos que los ven como enemigos, puesto que militaban en las filas contrarias. Los amigos creo que tienen justos motivos de descontento, que el mismo emperador Napoleón estimará poniéndose en su lugar. El afecto se gana, no se manda. Sin embargo, nuestro gobierno lo ha disimulado todo y se esmera en dar al ejército francés señaladas muestras de consideración. El que dijera lo contrario falta abiertamente a la verdad. No podrá citar un solo hecho en contra. Pero si el disgusto y sentimiento proceden que no se concede la dominación absoluta, de que no se accede a irregulares e injustas pretensiones, en suma, de que

no se abandone el cetro, entonces tampoco hay medio para contentarlos. La nación ha querido darse un gobierno propio e independiente en la persona del emperador y S. M., de acuerdo con ella, no consentirá jamás en ser un maniquí.

Tal ha sido también el generoso pensamiento del emperador Napoleón, quien no podrá dejar de ver sin profundo disgusto que se falsee su política y que se degrade la obra que forma la más brillante joya de su corona. ¿Permitirá a manos subalternas y a intereses mezquinos lo que no intentaría por sí mismo? Esto me parece imposible en la elevada idea que tengo de su capacidad y de su carácter.

No somos, pues, nosotros los que necesitamos advertencias sino los que obran en su nombre y pueden comprometerlo. Más actividad en las operaciones militares y más prudencia en la política; he aquí la clave del misterio para que la Francia coseche el fruto de sus esfuerzos y adquiera el influjo que debe ser la remuneración de sus servicios. Todo se encuentra en manos de Napoleón III y una sola palabra suya bastará para operar el prodigio. Basta y sobra.

Esperamos al emperador para fines del año. El recibimiento que se le hizo en Morelia no fue entusiasta sino que rayó en locura.

Concluyo repitiéndome su afectísimo seguro servidor que atento besa su mano.

Francisco J. Ramírez

## NAPOLÉON TUTOREA A MAXIMILIANO EN ASUNTOS DE GRAN ENVERGADURA

Compiègne, noviembre 16 de 1864

A V. M.; el emperador Maximiliano

Señor mi hermano:

Hace tiempo no he escrito a V. M. porque esperaba, para hacerlo con conocimiento de causa, poder comunicarle el resultado de las informaciones que he recibido y mis reflexiones alrededor de ellas. Puedo tanto mejor expresar libremente mi opinión, pues, habiendo mantenido últimamente una larga conversación con el rey de los belgas, he podido convencerme de que estamos por completo de acuerdo en lo que, en propio interés de V. M., es más conveniente aconsejarle.

Para comenzar, creemos que es tiempo de que resolváis lo antes posible las cuestiones referentes a la organización de México. Después de haber, con toda razón, consultado a los hombres del país, es esencial que se manifieste vuestra voluntad y que cese la incertidumbre sobre puntos de gran, importancia. Se espera con impaciencia la solución de las cuestiones siguientes:

- 1º—Los bienes del clero.
- 2º—La organización administrativa.
- 3º—La organización judicial.
- 4º— .....<sup>2</sup>
- 5º—La ley sobre reclutamiento del ejército.
- 6º—La organización financiera.

---

<sup>2</sup> Está en blanco en el documento consultado.

No tengo gran cosa que decir sobre las cinco primeras cuestiones. Tanto más que creo que sobre esos temas estáis decidido. Me permito solamente insistir en que V. M. tome alguna decisión; cualquiera cosa es mejor que la indecisión.

En cuanto al 6º punto que es de los más importantes, es necesario comprender que el establecimiento del crédito es de primordial necesidad para vuestro gobierno. Aquí ya han salido al mercado los bonos de un nuevo empréstito que, confundiéndose con el primero, podrían producir a V. M. 100 millones de francos para los primeros meses del año próximo. Pero, para esto, es necesario que se establezca un sólido banco en México y creo que es muy importante para V. M. que los principales banqueros de París, asociados a grandes casas de Londres, consientan en ponerse a la cabeza de dicho establecimiento. Es verdad que estos hombres de negocios esperan ganar dinero, pero prestarán grandes servicios a V. M. siendo los intermediarios con Europa para las transacciones financieras y fundando un crédito sólido en México. Recomendando, por lo tanto, a V. M. acepte sus ofrecimientos. Y en esta ocasión me permito deciros que al fundar un nuevo imperio es imposible llegar a la perfección desde el principio; todas las medidas que se toman ofrecen siempre ciertas ventajas al lado de ciertos inconvenientes, la habilidad del soberano consiste en ver si las primeras superan a los segundos.

Existe la cuestión de Sonora. Sé que los proyectos de Mr. Gwin no han agradado en México y, sin embargo, es el hombre que puede rendir mucho en ese país. Para explotar Sonora, es necesario adoptar, para las minas la...<sup>3</sup> española y, para los colonos, la de América del Norte. En México se teme que Sonora se convierta en una provincia estadounidense pero, creedme, si no se hace nada, lo llegará a ser por la fuerza de los hechos. Ya los colonos y aventureros se introducen individualmente y, cuando su número sea importante, sin organización y sin control del gobierno, se declararán independientes, lo que no llegará a

---

<sup>3</sup> Palabra ilegible. Probablemente "práctica".

sucedir si el gobierno se pone a la cabeza de la inmigración, planta una bandera y organiza el país.

Llego ahora a la cuestión más delicada. Creo que V. M. debe conservar por largo tiempo el poder absoluto. Sin embargo, desearía que, sin correr ningún riesgo, haga sancionar sus actos mediante una apariencia de representación nacional. Es decir que consideraría muy beneficioso, a los ojos de Europa sobre todo, que V. M., después de concluida la organización del país y resueltas las grandes cuestiones pendientes, convocase por uno o dos días un Congreso cuyos miembros serían nombrados por V. M. entre los elegidos por los municipios; de esta manera el Congreso estaría integrado por gente que gozaría de la confianza de sus conciudadanos, pero la elección de V. M. impediría que se compusiese de opositores. En vuestro lugar, yo comunicaría a esta asamblea todo lo realizado; le anunciaría que una vez pacificado todo el país, trabajaría con celo en elaborar una constitución, pero solicitaría un voto de confianza que me diese todavía poder dictatorial por algunos años. Someto estas ideas a V. M., rogándole me perdone si me permito aconsejarle, pero debe comprender que es un verdadero interés el que me guía a expresarle mi pensamiento con toda libertad.

Supe con gran placer que la gira de V. M. se cumplió con los mejores auspicios y que, durante vuestra ausencia, la emperatriz se desenvolvió con notable tacto y habilidad en sus funciones de regente. Os ruego presentarle mis homenajes.

V. M. ha realizado ya muchas cosas buenas y veo con alegría que todo el mundo le hace justicia pero, permitidme decir que es necesario ocuparse de las grandes cuestiones, del basamento y del armazón del edificio que V. M. empieza a levantar, antes de dedicar la atención a detalles.

El rey de Bélgica cree que sería útil, si es posible, emplear al ejército mexicano en trabajos públicos.

En cuanto al ferrocarril que debe unir México a Veracruz, creo que nada es más importante.

Termino esta larga carta renovando a V. M. la seguridad de los sentimientos de alta estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano y amigo de V. M.<sup>4</sup>

Napoleón

---

<sup>4</sup> Original en francés.

NAPOLEÓN Y EUGENIA  
RECUERDAN A CARLOTA EN SU ONOMÁSTICO

Veracruz, noviembre 29 de 1864

A S. M. la emperatriz:

Tengo el alto honor de trasmitir a V. M. I. el siguiente mensaje que para V. M. I. he recibido:

A S. M. la emperatriz  
México

En ocasión del día de San Carlos, deseamos que se realicen los votos de V. M., tanto para allá como para el hermoso país en el que reina. Pueda la providencia daros toda la felicidad que os deseamos.<sup>5</sup>

Napoleón y Eugenia

Dios guarde muchos años la preciosa vida de V. M. I.

El prefecto político

---

<sup>5</sup> Original en francés.

LA EMPERATRIZ EUGENIA INFORMA A CARLOTA  
QUE HA CUMPLIDO VARIOS DE SUS IMPORTANTES ENCARGOS  
CERCA DE NAPOLEÓN

Compiègne, noviembre 16 de 1864

A V. M. la emperatriz Carlota

Señora y muy querida hermana:

La salida inmediata del correo me obliga a no escribir a V. M. todo cuanto quisiera; por otra parte, el emperador os escribe ampliamente relatando la entrevista que acaba de tener con el rey de Bélgica, sobre México. Asistió a ella Mr. Corta y sus informaciones resultaron muy útiles.

Me alegra que V. M. encuentre exactas mis apreciaciones sobre el carácter de los mexicanos; esto me permite comprender todas las dificultades de la tarea de VV. MM., pero sin perder nada de mi primitiva fe.

La salida de las primeras tropas ha debido coincidir con la carta de V. M.; creo que el efecto en Europa ha sido bueno, sin comprometer por ello los intereses de México. La grave cuestión continúa siendo la financiera; de un momento a otro vosotros estaréis obligados a recurrir a un nuevo empréstito emitido en parte, probablemente, en Europa; el retorno de una parte del contingente inspirará confianza y cuando nuestras Cámaras se reúnan se podrá decirles que la otra parte no ha sido modificada. Además, el mariscal Bazaine no se manifiesta alarmado por una disminución de sus fuerzas que lo expondría a un fracaso, cosa que no admitiría si no estuviese perfectamente seguro de poder enfrentar los hechos.



Según el deseo expresado por V. M., he hablado al emperador de la posibilidad de que se queden un tiempo más los oficiales y suboficiales que deben regresar a Francia y me respondió que a los primeros se les había dado esta facilidad, permitiéndoles ingresar a la legión extranjera y a los suboficiales se les haría quedar, pero temo que le haya sido imposible escribir por este correo, pues yo misma lo estoy haciendo muy apresuradamente y el emperador no ha tenido tiempo de transmitirlo al ministerio de Guerra.

Hemos tratado de convencer a Mr. Corta que regrese, pero asuntos de familia lo retienen aquí, pero no desespero de poder allanarle los obstáculos ocupándome yo misma de su hija; creo que V. M. ha depositado en él una confianza de la que es digno. El rey de Bélgica lo juzga de igual modo.

Ruego a V. M. me recuerde al emperador y creedme por siempre la muy devota hermana de V. M.<sup>6</sup>

Eugenia

---

<sup>6</sup> Original en francés.

ELOIN TRATA DE FRENAR LA EXIGENCIA FRANCESA

México, diciembre 4 de 1864

Sr. marqués de Montholon,  
Ministro del gobierno francés en México

Señor ministro:

Tengo el honor de comunicaros algunas reflexiones sobre el cambio de las notas que se ha verificado en París entre el ministro del emperador y Mr. Drouyn de Lhuys, respecto a las reclamaciones francesas y al arreglo de los intereses pedidos por V. E.

El artículo 14 de la convención de Miramar, al estipular que el gobierno mexicano indemnizará a los súbditos franceses de los perjuicios injustos que han sufrido, no ha obligado a éste al pago de ningún interés; lo que era lo mismo que decir que si la Francia lo hallaba necesario, debía encargarse de hacerlo por sí misma. En efecto, cuando se ha tratado de imponer el pago de un interés a México, se ve en el artículo 9 y en el párrafo segundo del artículo 12, relativos al reembolso de los gastos de la expedición, que esta idea se ha expresado de una manera categórica.

El artículo 14 no encierra, pues, ni en su forma ni en su espíritu, la indicación más pequeña que autorice a sostener que la suma de los perjuicios sufridos injustamente, deben mejorarse por medio de un interés cualquiera.

Hay más. En una conversación en París entre los dos emperadores, se ha dicho que los gastos de la expedición ascenderían de 250 a 260 millones, pero el emperador Napoleón quiso que subieran a 270 millones a fin de reglar las reclamaciones francesas.

En cuanto a los intereses relativos a la deuda inglesa, se han arreglado conforme a los consejos y al deseo expreso del emperador Napoleón y de Mr. Fould, durante la permanencia del emperador Maximiliano en las Tullerías y con el fin de facilitar en el mercado de Londres la emisión del empréstito ¿cómo, pues, interpretar en el sentido de un favor especial una decisión dictada por el emperador de los franceses y su ministro de Hacienda?

Parece que se olvida que el examen de las reclamaciones de los súbditos ingleses, que remontan a 30 años, no ha sido comenzado todavía y que la comisión que debe reglarlas no ha sido nombrada tampoco.

La convención de Miramar, comentada y estudiada de una manera profunda por ambos soberanos, parecía no poder permitir ninguna interpretación dudosa y el gobierno tiene el derecho de mantenerse en la letra de esta convención. Sin embargo, como tiene siempre el deseo de darle pruebas de reconocimiento y de buena voluntad a su aliado se halla dispuesto, tengo la convicción de esto, a entrar en negociación para formular más claramente el artículo 14.

Suplico, etc.

Félix Eloin

VENDRÁ OTRO EXPERTO FINANCIERO FRANCÉS  
EN LUGAR DE MR. CORTA

Diciembre 15 de 1864

A V. M. la emperatriz Carlota

Señora y muy querida hermana:

La salida del correo me ha impedido escribir a V. M. por el barco inglés. Me siento verdaderamente desolada de ver la impresión que ha experimentado V. M. por algunas reclamaciones que pueden no ser todas justificadas y espero que al recibir esta carta, ya os hayan llegado otras aclaraciones.

Ya sabemos en Europa el buen efecto que ha producido el viaje del emperador, pero esperamos con impaciencia la noticia de su regreso a fin de conocer las medidas financieras que han tomado VV. MM.; esta cuestión tan importante en todas partes, lo es más todavía en México. Ante la proximidad de la apertura de las sesiones de la Cámara, quisiéramos poder decir lo que se ha realizado por la purificación y la organización de vuestro hermoso país, pues V. M. no ignora hasta qué punto la oposición siempre está "pronta para servirse de todo.

Lamentablemente Mr. Corta no puede decidirse a quedarse, pero dentro de poco partirá otro experto en finanzas que recomiendo a W. MM.; es una pena que no tenga, como Mr. Corta, la experiencia del país, pero lo anima el deseo de colaborar si se solicitan sus consejos.

El telégrafo nos señala la llegada del correo de México, pero los mensajes llegan después de que ha partido el correo de *Saint Nazaire*, lo que resulta muy incómodo, pues es necesario esperar muchos días para contestar.

El regreso del emperador habrá hecho muy feliz a V. M. pues, además de la separación, había que temer todas las peripecias de un viaje hecho en condiciones tan difíciles pero cuyos resultados han sido tan promisorios.

Ruego a V. M. me recuerde al emperador y creed en los sentimientos con que soy la muy afecta hermana y amiga de V. M.<sup>7</sup>

Eugenia

---

<sup>7</sup> Original en francés.

EL GOBIERNO PONTIFICIO ES AÚN MÁS EXIGENTE  
QUE EL CLERO MEXICANO

México, noviembre 11 de 1864

A V. M., el emperador Napoleón III

Señor, mi hermano:

Recibí la última carta tan amistosa de V. M., el mismo día de mi regreso a México después de un viaje largo y penoso, es verdad, pero que espero pronto dará sus frutos. Durante esta gira a través de una parte del país, notable por sus riquezas, he podido reconocer que los habitantes de las provincias son más inteligentes, más nobles y que me son más patrióticamente adictos que los de la capital que, por desgracia, han sufrido la mala influencia del elemento extranjero habituado desde hace largo tiempo a aprovechar del desorden y de las revoluciones para hacer o tratar de hacer fortuna por cualquier medio.

Creo en la adhesión de la mayoría del pueblo mexicano y, sin dejar de vislumbrar algunas posibles dificultades, confío que con la leal colaboración del mariscal lograré poder esperar con calma la realización de un empréstito que Mr. Fould me promete para la primavera próxima.

Como consecuencia de la tan notable política adoptada por V. M. para finiquitar la cuestión italiana, yo contaba con que la corte de Roma entraría, con relación a México, en una vía razonable y conciliatoria, pero, si hay que creer en el telegrama de que envió copia a V. M., las pretensiones del clero mexicano son menores que las exigencias del gobierno pontificio. Me veré obligado a mostrar una firmeza inquebrantable en la solución de esta importante cuestión, pues así lo

exigen mis deberes hacia el pueblo que me ha elegido y el porvenir de México.

Me siento feliz de saber que mis primeras medidas han sido aprobadas por V. M. Espero que las que he creído necesario adoptar a mi regreso, merecerán la misma benevolencia.

Al hacerme recordar de la emperatriz, os renuevo la seguridad de los sentimientos de alta estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. M.<sup>8</sup>

Maximiliano

---

<sup>8</sup> Original en francés.

CARLOTA COMENTA LA RELIGIOSIDAD MEXICANA  
Y LA RELIGIÓN DE ESTADO

México, diciembre 8 de 1864

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

Ayer llegó el nuncio a México sin hacer manifestaciones de ninguna especie; nos hubiéramos arreglado para prevenirlas si se hubiesen presentado. Por tanto, es un comienzo satisfactorio. El sábado será recibido por el emperador.

De parte del emperador envío a V. M., o mejor dicho a VV. MM., el proyecto de concordato a fin de que estén enterados con anticipación. El borrador lo encuentro perfecto, pues a primera vista parece inofensivo, pero no deja de ser liberal. Sólo existe un punto que me gustó menos: es el que se refiere al reconocimiento de una religión de Estado, punto tan discutido desde hace 50 años. Sin embargo, con respecto a este país, la posición del gobierno difiere de la del gobierno del ler. cónsul en Francia. Éste había propuesto relevar al catolicismo y sabía que Francia era bastante creyente en su esencia y sus tradiciones para poder pasarse sin una religión de Estado, cuestión más bien de forma que de fondo. Aquí, por el contrario, lamento constatar, en oposición a lo que piensan el Sr. Gutiérrez (de Estrada) y amigos, que este país es mediocrementemente católico.

El seudo catolicismo creado por la mezcla con la religión indígena ha muerto con los bienes del clero, su base principal. Pero como un pueblo necesita una religión, muchas personas se inclinan al protestantismo que les resulta más cómodo y menos dispendioso, pues los



sacramentos son sumamente caros y quizás también en previsión de un porvenir que parecía cercano: la absorción por la raza angloamericana.

En este estado de cosas el reconocimiento de la religión católica como religión del Estado es, de hecho, pasar de los restos en descomposición del catolicismo del siglo XVI al del siglo XIX con sus luces, su caridad y su devoción e introducir un culto nuevo, depurado, indispensable al punto de vista político y a la conservación de la raza española en América y único medio capaz de detener la invasión de las sectas estadounidenses.

Confieso que estos pensamientos me han reconciliado con la fórmula "religión del Estado", a la cual la tolerancia de cultos, puesta en primera línea, da su verdadero sentido asegurando la libertad de conciencia, tal como existe en Francia.

La nacionalización de los bienes del clero producirá un inmenso entusiasmo y llenará las arcas del Estado pues, obteniendo por nada los bienes no vendidos que son de precios muy subidos y vendiéndolos luego, se realizará un soberbio negocio. Envío a V. M. un ejemplar de *La Orquesta*, periódico satírico liberal, para que veáis que el concordato proyectado ayer supera al programa del partido liberal. El grabado es característico: los liberales en forma de abeja entran en la colmena del emperador porque encuentran mayor cantidad de miel que en las flores silvestres de Juárez quien, en vano, se esfuerza por cazarlas en su red.

También llamo la atención de V. M. sobre el decreto que sustituye el consejo de Estado y quién elige los miembros; va a reunirse hoy y será abierto por el emperador. Espero que esta gran institución con la que Napoleón I regeneró Francia, también dé sus frutos en México. A continuación de estos dos decretos, se publica una circular dirigida a los prefectos, notable por su firma, la del Sr. Cortés Esparza, presidente de la Corte Suprema durante la época de Juárez y hoy ardiente admirador del emperador, el más avanzado de los liberales del gabinete.

Sabiendo cómo V. M. se interesa en todo lo que nos atañe, hasta en mínimos detalles, os envío también el programa de un concierto para 300 personas que hemos dado el martes. Asistió Bourdillon

quien podrá contarle a V. M.; no eran las Tullerías ni la sala de los mariscales, pero pensando que estamos en las antípodas de todo eso, no podemos menos de ver que la sociedad es bastante agradable. El canto de los italianos respiraba un perfume de civilización muy dulce para los corazones europeos. Se encontraban entre la concurrencia mujeres muy hermosas, algunas de mis damas de palacio de las que trataré de enviar fotografías a V. M.

Me falta decirles cuánto me conmovió vuestro querido mensaje del que poseo hasta el borrador, gracias a los amigos que me sirven tan bien. Me causó tanto placer que en un santiamén estuve en las habitaciones del emperador y ahí mismo lo copié y lo mandé al mariscal. Espero que la respuesta telegráfica también haya llegado a tiempo y os ruego creáis en la sincera amistad con que soy la muy devota hermana de V. M.<sup>9</sup>

Carlota

---

<sup>9</sup> Original en francés.

CARTA CONFIDENCIAL  
DEL PAPA PÍO IX A MAXIMILIANO

A V. M. el emperador Maximiliano

Señor:

Cuando en el mes de abril último, antes de tomar las riendas del gobierno del nuevo imperio mexicano, quiso V. M. venir a esta capital para venerar la tumba de los santos apóstoles y recibir la bendición apostólica, le hicimos presente el dolor profundo de que estaba llena nuestra alma en vista del lamentable estado a que las revueltas habían reducido todo lo concerniente a la religión en la nación mexicana.

Antes de esa época y más de una vez, nos habíamos quejado en actos públicos y solemnes, protestando contra la inicua ley llamada de Reforma, que destruía los derechos más inviolables de la Iglesia, ultrajaba la autoridad de sus pastores; contra la usurpación de los bienes eclesiásticos y la dilapidación del patrimonio sagrado; contra la injusta supresión de las órdenes religiosas; contra las máximas falsas que lastimaban directamente a la santidad de la religión católica; en fin, contra otros muchos atentados, cometidos no solamente en perjuicio de personas sagradas, sino también del ministerio pastoral y de la disciplina de la Iglesia.

Por eso ha debido comprender fácilmente V. M. cuán felices éramos al ver apuntar la aurora de los días pacíficos y afortunados para la Iglesia de México, gracias al establecimiento del nuevo imperio. Esta alegría creció cuando vimos llamado a aquella corona, a un príncipe de familia católica y que había dado tantas pruebas de piedad religiosa. También fue grande la alegría de los dignos obispos mexicanos, que, al salir de la capital de la cristiandad, en donde han dejado tantos ejemplos

de su abnegación y filial afecto hacia nuestra persona, tuvieron la dicha de ser los primeros en ofrecer su sincero homenaje al soberano elegido por su patria y de oír de sus labios las más lisonjeras seguridades de la enérgica resolución que tenía de reparar los daños hechos a la Iglesia y de reorganizar los elementos desorganizados de la administración civil y religiosa. Y también la nación mexicana saludó con indecible alegría el advenimiento de V. M. al trono, llamado por el unánime deseo de un pueblo que hasta entonces se le había forzado a gemir bajo el yugo de un gobierno anárquico y a llorar sobre las ruinas y los desastres de la religión católica, que fue siempre su primera gloria y la base de su prosperidad.

Bajo estos felices auspicios, esperábamos de día en día los primeros actos del nuevo imperio, persuadidos de que se haría una reparación pronta y justa a la Iglesia, ultrajada con tanta impiedad por la revolución, bien fuera revocando las leyes que la habían reducido a la opresión y a la esclavitud o promulgando otras, propias para suspender los desastrosos efectos de una administración impía. Frustradas hasta ahora nuestras esperanzas —lo cual sea tal vez debido a las dificultades con que se tropieza, cuando se trata de reorganizar una sociedad desquiciada mucho tiempo— no nos es posible evitar el dirigirnos a V. M. y apelar a la rectitud de sus intenciones, al espíritu católico de que V. M. ha dado brillantes pruebas en otras ocasiones, a las promesas que nos ha hecho de proteger a la Iglesia y confiamos en que este llamamiento, penetrando el noble corazón de V. M., producirá el fruto que esperamos de V. M., que verá que poniendo siempre trabas a la Iglesia en el ejercicio de sus sagrados derechos, no revocando las leyes que la prohíben adquirir y poseer, continuando en destruir las iglesias y los conventos; si se acepta el precio de los bienes de la Iglesia de manos de los que los han adquirido; si se da otro destino a los edificios sagrados; si no se les permite a los religiosos que vuelvan a tomar sus hábitos y vivir en comunidad; si las religiosas se ven obligadas a mendigar sus alimentos y a vivir en locales pobres y malsanos y si se permite que los periódicos insulten impunemente a los pastores y ataquen la doctrina de la Iglesia católica, quedarán

subsistentes el escándalo para los fieles y el daño para la religión y tal vez se harán todavía mayores.

¡Señor! En nombre de esa fe y de esa piedad que son el ornato de vuestra augusta familia; en nombre de esa Iglesia, de que, a pesar de ser indignos, nos ha constituido jefe supremo y pastor Jesucristo; en nombre de dios omnipotente, que os ha elegido para gobernar esa nación católica, con el objeto único de cicatrizar sus llagas y de volver a honrar su religión santísima, os rogamos que pongáis manos a la obra y que hagáis a un lado toda consideración humana y que, guiados por la prudencia y el sentimiento cristiano, enjuguéis las lágrimas de una parte tan interesante de la familia católica y con esta conducta haceos digno de las bendiciones de Jesucristo, príncipe de los pastores.

Con este objeto y para mejor secundar vuestros propios deseos, os enviamos nuestro representante. Él confirmará a V. M., de viva voz, el sentimiento que nos han causado las tristes noticias que hasta hoy nos han llegado y os hará conocer mejor todavía cuáles han sido nuestra intención y nuestro objeto en acreditarle cerca de V. M. Le hemos encargado, al mismo tiempo, que pida a V. M., en nombre nuestro, la revocación de las funestas leyes que desde hace tanto tiempo oprimen a la Iglesia y preparar, con la cooperación de los obispos y, en donde fuere necesario, con el concurso de nuestra autoridad apostólica, la reorganización completa y deseada de los negocios eclesiásticos. V. M. sabe muy bien que, para remediar eficazmente los males causados por la revolución y para devolver lo más pronto posible los días felices a la Iglesia, es menester, antes que todo, que la religión católica, con exclusión de todo otro culto disidente, continúe siendo la gloria y el apoyo de la nación mexicana; que los obispos tengan entera libertad en el ejercicio de su ministerio pastoral; que se restablezcan y reorganicen las órdenes religiosas con arreglo a las instrucciones y los poderes que hemos dado; que el patrimonio de la Iglesia y los derechos que le son anexos estén defendidos y protegidos; que nadie obtenga autorización para enseñar ni publicar máximas falsas ni subversivas; que la enseñanza, tanto pública como privada, sea dirigida y vigilada por la autoridad eclesiástica y que, en fin, se rompan las cadenas que han

tenido hasta ahora a la Iglesia bajo la dependencia y el despotismo del gobierno civil. Si el edificio religioso se establece sobre tales bases, como no lo podemos dudar, V. M. satisfará a una de las mayores, de las más vivas aspiraciones del pueblo de México, tan religioso; calmará nuestra ansiedad y las de ese ilustre episcopado; abrirá el camino para la educación de un clero instruido y celoso y también el de la reforma moral de los súbditos de V. M. y dará además un ejemplo brillante a los otros gobiernos de las repúblicas americanas, en donde vicisitudes bien sensibles han hecho padecer a la Iglesia; en fin, trabajará eficazmente, sin duda alguna, para la consolidación de su trono, la gloria y la prosperidad de su imperial familia.

Por esto es por lo que recomendamos a V. M. el nuncio apostólico, el cual tendrá la honra de presentar a V. M. ésta nuestra carta confidencial. Dígnese V. M. honrarle con su confianza y su benevolencia para hacerle más fácil él cumplimiento de la misión que le está confiada. Tenga también la bondad V. M. de acordar igual confianza a los muy dignos obispos de México, a fin de que, animados como están del espíritu de dios y deseosos de la salvación de las almas puedan emprender con alegría y valor la obra difícil de la restauración en lo que les corresponde y contribuir por ese medio al restablecimiento del orden social.

Mientras tanto, no cesaremos de dirigir todos los días nuestras humildes oraciones al padre de las luces y al dios de todo consuelo, a fin de que, una vez vencidos los obstáculos, desbaratados los consejos de los enemigos de todo orden social y religioso, calmadas las pasiones políticas y devuelta su libertad plena a la esposa de Jesucristo, pueda saludar la nación mexicana en V. M. a su padre, su regenerador, su más bella e imperecedera gloria.

Con la confianza que tenemos de ver plenamente cumplidos los deseos más ardientes de nuestro corazón, damos a V. M. y a su augusta esposa la bendición apostólica.

Dado en Roma, en nuestro palacio del Vaticano, el día 18 de octubre de 1864.

(Pío IX)

RECEPCIÓN OFICIAL POR MAXIMILIANO  
DEL ÚNICO NUNCIO QUE HA VISITADO MÉXICO

(Diciembre de 1864)

El día 10 al medio día, tuvo lugar la recepción oficial del nuncio de S. S., monseñor Meglia, con arreglo al ceremonial de la corte. Tres carruajes de ella fueron por monseñor Meglia a su casa, de la calle del puente de San Francisco.

En el coche de honor, tirado por seis caballos, iban el chambelán de servicio y el secretario del gran maestro de ceremonias. En otro de los coches iba un ayudante de campo del emperador.

Monseñor Meglia ocupó la carroza de honor, en compañía del chambelán de servicio y el secretario del gran maestro de ceremonias. El tercer carruaje fue ocupado por el auditor y el secretario particular de la nunciatura.

Un batallón de zuavos formaba valla en la puerta principal de palacio, por donde entró la comitiva poco después de las 12. En los altos de palacio formaba valla la guardia palatina, al mando del Sr. conde de Bombelles. Recibió al nuncio el gran mariscal de la corte y lo condujo a la sala de audiencias, donde S. M., el emperador, estaba rodeado de los señores ministros de estado, consejeros y demás altos funcionarios de la corte y el gobierno.

El nuncio entregó sus credenciales al señor ministro de Relaciones Exteriores, quien las puso en manos del emperador.

Monseñor Meglia leyó en francés el siguiente discurso:

Señor:

Al entregar a V. M. I. el breve por cuyo medio N. S. P. se ha dignado acreditarme cerca de vuestra augusta persona, me com-



plazco en expresar los sentimientos de tierno afecto que animan el paternal corazón de S. S. hacia V. M.

El soberano pontífice, que ya conoce vuestra adhesión a la Iglesia y vuestras benévolas intenciones, cifra en vos demasiada confianza para dudar que nuestra santa religión, que es la fuente más fecunda de la prosperidad de las naciones, así como el apoyo más sólido de los gobiernos y los tronos, sea el objeto más constante de la protección de V. M. I.

Por lo que a mí respecta, señor, no cesaré de emplear todo mi celo y de consagrar mis cuidados todos a la conservación de las relaciones amistosas y de los lazos que deben unir para siempre a la Santa Sede y al imperio mexicano.

Permitidme esperar, Señor, que podré lograrlo, si me es dado conciliarme la alta benevolencia de V. M. I.

El emperador contestó en castellano:

Monseñor:

Es para nosotros un verdadero consuelo ver finalmente realizada, con el envío de una persona tan distinguida e ilustrada, la promesa que se nos hizo en Roma; realización que nuestro gobierno, así como la nación, aguardaba con ansiedad.

El santo padre, con su bondad proverbial e inalterable, nos da en esto una prueba evidente que aceptamos con gratitud, de que la santa Iglesia quiere el arreglo definitivo y tan necesario, de los difíciles negocios pendientes entre nuestro gobierno y la Santa Sede apostólica.

El gobierno mexicano, católico, leal y basado sobre la verdadera libertad, no faltará a sus deberes y, con estos sentimientos, recibe al digno representante del vicario de Cristo, en la plena confianza de que su venida es el primer paso hacia un mutuo y durable arreglo que dios bendecirá.

Terminados los discursos, el nuncio pasó a una sala inmediata, donde fue presentado a S. M. la emperatriz, siendo en seguida conducido a su casa, del mismo modo que había sido traído a palacio.

La recepción oficial del representante del S. S. ha sido solemne y brillante.

PROYECTO DE CONCORDATO  
PUNTOS PROPUESTOS AL NUNCIO DE S. A.  
PARA LA SOLUCIÓN DE LA CUESTIÓN ECLESIAÍSTICA

I.—El gobierno mexicano tolera todos los cultos que no estén prohibidos por las leyes; pero protege el católico apostólico romano, como religión del Estado.

II.—El tesoro público proveerá a los gastos del culto católico y del sostenimiento de sus ministros, en la misma forma, proporción y preferencia con que se cubra la lista civil del Estado.

III.—Los ministros del culto católico administrarán los sacramentos y ejercerán su ministerio gratuitamente y sin que ellos tengan derecho a cobrar, ni los fieles obligación de pagar estipendio, emolumento o cosa alguna, a título de derechos parroquiales, dispensas, diezmos, primicias o cualquier otro.

IV. —La Iglesia cede y traspasa al gobierno mexicano todos los derechos con que se considera, respecto de los bienes eclesiásticos que se declararon nacionales durante la república.

V. —El emperador Maximiliano y sus sucesores en el trono ejercerán *in perpetuam* en la Iglesia mexicana los mismos derechos que los reyes de España ejercieron en la Iglesia de América.

VI. —El santo padre, de acuerdo con el emperador, determinará cuáles de las órdenes de religiosos, extinguidas durante la república, deben ser restablecidas y en qué forma y términos. Las comunidades de religiosos, que de hecho existen hoy, continuarán, pero con los noviciados cerrados, hasta que el santo padre, de acuerdo con el emperador, determine la forma y términos en que deban continuar.

VII—Fueros.

VIII.—En los lugares en que el emperador lo juzgue conveniente, encomendará el registro civil de nacimientos, matrimonios y

fallecimientos, a los párrocos católicos, quienes deberán desempeñar este cargo como funcionarios del orden civil.

IX.—Cementerios.

Es copia. México, diciembre 28 de 1864. El subsecretario del despacho de justicia,

F. de P. Tavera

MAXIMILIANO TOMARÁ DECISIONES SOBRE LAS  
DIFICULTADES CON LA IGLESIA, SIN ESPERAR QUE EL  
NUNCIO TENGA INSTRUCCIONES DE ROMA

A S. E. Illma., el arzobispo de Damasco, nuncio apostólico de S. S.  
etc., etc.,

Monseñor:

Después de haberme manifestado V. E. en nuestra última conferencia y reiterado en su visita de hoy a S. M. la emperatriz, que, careciendo de instrucciones para tratar sobre los nueve puntos propuestos para deslindar las dificultades que existen entre la Iglesia mexicana y el Estado, tendría que pedir las a la corte de Roma, S. M. el emperador se encuentra en la sensible necesidad de dictar las resoluciones que en la situación actual exigen su deber y su conciencia; pero como la falta (de) instrucciones en V. E. vendrá a ser el precedente de las providencias ulteriores de S. M., desea que este hecho quede consignado por escrito y, al efecto, me prometo que V. E. tendrá la complacencia de decirme, en contestación a esta nota, lo que se ha servido expresar de palabra. Reitero a V. E., con este motivo, las seguridades de mi más distinguida consideración.

México, diciembre 24 de 1864.

El ministro de Justicia  
Pedro Escudero

EL NUNCIO RECHAZA EL PROYECTO DE CONCORDATO  
POR CARECER DE FACULTADES PARA EXAMINARLO

Diciembre 25 de 1864

Sr. Pedro Escudero, ministro de Justicia

Excmo. señor:

V. E. me suplica, por una nota, fecha de ayer, 24 de diciembre, que acabo de recibir esta mañana, que le comunique por escrito lo que tuve la honra de exponer, primero a S. M. la emperatriz, ayer y a V. E. en la conferencia del 20 de este mes, relativamente a un proyecto del gobierno imperial, conteniendo las bases de un concordato que debería discutirse entre su santidad y el gobierno de México. Me apresuro con gusto a responder a los deseos manifestados por V. E.

Al entregar a S. M. el emperador, en la audiencia privada que me fue concedida el 17, una carta confidencial del padre Santo, S. M. se dignó darme a conocer el citado proyecto y yo contesté, con toda franqueza, que no estaba provisto de instrucciones ni de plenos poderes necesarios para negociar un concordato, visto que mis instrucciones eran en todo conformes con lo que el padre santo manifestaba en su carta al emperador. Esto mismo repetí y expliqué, aunque más extensamente, a S. M. la emperatriz y a V. E., añadiendo que mi misión tenía por objeto: primeramente, ver revocar y abolir, al mismo tiempo que las llamadas Leyes de Reforma, todas aquellas contrarias a los sagrados derechos de la Iglesia, aún en vigor aquí; activar la publicación de otras leyes encaminadas a reparar los daños que se han hecho y establecer el orden en la administración civil y eclesiástica. Agregué que mis instrucciones eran las de reclamar la entera libertad de la Iglesia y los

obispos, en el ejercicio de sus derechos y en los del santo ministerio; el restablecimiento y la reforma de las órdenes religiosas cuyas bases les fueron comunicadas por el padre santo; la restitución de las iglesias y los conventos, así como sus bienes; pedir, en fin, que, como en el pasado, se reconociese a la Iglesia el derecho de adquirir, poseer y administrar su patrimonio.

Analizando luego algunos puntos del proyecto, desaprobé el primero sobre la tolerancia de cultos, como contraria a la doctrina de la Iglesia y a los sentimientos de la nación mexicana, enteramente católica. En cuanto al segundo punto, hice considerar que el episcopado, el clero y la parte más sana de la nación, veían con horror la idea de una indemnización pagada por el tesoro; que preferían vivir más bien de la caridad de los fieles y, finalmente, que la Iglesia, despojada ya en parte, no podía ceder voluntariamente los pocos bienes que le quedaban y forman el más sagrado y legítimo patrimonio, destinado al culto divino y a la subsistencia de sus ministros y de los pobres.

Declaré, asimismo, a S. M. y a V. E., que tanto menos había podido darme instrucciones sobre los puntos expresados la Santa Sede, cuanto que no podía suponer que el gobierno imperial los propusiese y llevara a cabo por ese medio la obra empezada por Juárez.

He asegurado a S. M. y a V. E. que jamás había oído hablar en Roma de semejante proyecto, ni por su santidad, ni por el secretario de Estado, ni por las otras personas de la corte pontificia y que estaba persuadido de que el ministro imperial, Sr. Aguilar, jamás hizo mención de él al padre santo, el cual habría ciertamente escrito una carta y dado otras instrucciones a su representante.

Paso por alto, señor ministro, otras muchas consideraciones que me he permitido someter a la alta inteligencia de S. M. la emperatriz, con una franqueza verdaderamente episcopal, y me veo obligado a repetir a V. E. que, no pudiendo tratar sobre las bases del proyecto en cuestión, me limitaré a trasmitirlas por el primer correo a su santidad y que, en cuanto a lo demás, he de atenerme en todo a la mencionada carta del padre santo al emperador.

Por la mediación de V. E. me atrevo a suplicar a S. M., tan afecto al padre santo, que no tome ninguna resolución contraria a la Iglesia y a sus leyes; que no aumente la aflicción de un pontífice tan bueno y que tan cruelmente ha padecido ya y que espere al oráculo de su beatitud, que no puede ser sino en provecho de la religión y del verdadero bien de S. M. el emperador y su imperio.

Tengo la honra de renovar a V. E. las seguridades de mi alta consideración.

Pedro Francisco  
Arzobispo de Damasco



MAXIMILIANO ORDENA SE PREPARE UN PROYECTO  
PARA REGLAMENTAR LOS ACTOS RELIGIOSOS

27 de diciembre de 1864

Mi querido ministro Escudero:

A fin de allanar las dificultades que se han suscitado acerca de las leyes llamadas de reforma, nos hemos propuesto adoptar de preferencia un medio que, al mismo tiempo que satisfaga las justas exigencias del país, tenga por objeto restablecer, para todos los habitantes del imperio, la tranquilidad en los ánimos y la paz en las conciencias. Con este objeto nos hemos ocupado, durante nuestra permanencia en Roma, en abrir negociaciones con el santo padre, como jefe universal de la Iglesia católica.

El nuncio apostólico ha llegado a México pero, con gran sorpresa nuestra, ha declarado que carece de instrucciones para negociar y que tiene que aguardarlas de Roma.

La situación difícil que se prolonga hace más de siete meses y que nos ha costado tan grandes esfuerzos, no admite retardo. Esta situación exige un pronto desenlace. En consecuencia, os encargamos nos propongáis inmediatamente medidas que tengan por objeto: que la justicia se haga sin miramientos a la calidad de las personas; que los intereses legítimos creados por dichas Leyes de Reforma sean garantizados, sin perjuicio de las disposiciones que deban tomarse para reparar las injusticias y los excesos a que han dado lugar esas leyes; que se provea al sostenimiento del culto y a la protección de los intereses sagrados puestos bajo la salvaguardia de la religión y, en fin, que los sacramentos se administren y que las demás funciones del

ministerio eclesiástico se ejerzan en todo el imperio gratuitamente y sin gravamen para los pueblos.

A este efecto, nos propondréis desde luego un plan para la revisión de las operaciones de desamortización de los bienes eclesiásticos. Este plan deberá tener por base la ratificación de las operaciones legítimas ejecutadas sin fraude y conforme a las leyes que decretaron la abolición de los bienes de manos muertas, haciéndolos pasar al dominio de la nación.

En fin, os guiaréis conforme a los principios más amplios y liberales de la tolerancia religiosa, sin perder de vista que la religión del Estado es la religión católica, apostólica y romana.

Por el emperador Maximiliano

Velázquez de León  
Ministro de Estado

CARLOTA TRINA CONTRA EL NUNCIO  
Y EL TENIENTE CORONEL BOYEN

Chapultepec, diciembre 27 de 1864

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

He recibido con gran placer la amable carta de V. M. del 16 de noviembre y espero que vuestro interés por la hija de Mr. Corta determinará a éste regresar pronto, pues tenemos tanta necesidad de él como del pan cotidiano y estoy segura de que en el juicio final habrá que rendir pesadas cuentas si no viene a hacer aquí el bien al que está llamado.

Soy muy sensible a la rapidez con que el emperador accedió a mi demanda por los soldados franceses; me había permitido esta observación para no perder tiempo esperando el regreso de quien corresponde.

El emperador Maximiliano ha escrito al emperador Napoleón comunicándole todo lo que se ha hecho o bosquejado en estos últimos tiempos. No quiero que VV. MM. crean que caminamos como los cangrejos y, sin embargo, viendo la cosa desde Europa, no me extraña que piensen así, pues quizás, en su lugar, yo misma lo haría. No hay que perder de vista que si nos ocupamos de detalles es por llenar los intervalos inevitables entre la solución de las grandes cuestiones que no se resuelven y que sólo pueden resolverse muy lentamente. En las naciones civilizadas existe un órgano que responde a todas las presiones del poder; se toca como en un clavicordio y se tiene el sonido requerido, pero aquí se lo podría aporrear todo el día y es como

un piano mudo y la ejecución de una orden no pasa del papel en que ha sido consignada.

No se trata, entonces, solamente de decretar, sino de ver cómo se decreta; cómo se hace y si desde el principio nos obstináramos en que se publicara en las columnas del periódico oficial alguna cuestión vital antes de estar seguros que todo está preparado para su ejecución, sólo se trabajaría para deslumbrar a las personas que en Europa leyeran ese periódico, pero aquí no habríamos avanzado nada. Es una triste verdad y he ahí la causa de muchos atrasos de los que uno sólo se da cuenta cuando vive en México. Digo todo esto a V. M. para que se dé cuenta de nuestra posición frente al país. Creo que si el emperador, con su espíritu superior, estuviese aquí durante media hora, estaría de acuerdo. Lo que especialmente me ha emocionado en su carta es el interés tan verdadero y me atrevería a decir tan paternal que testimonia al emperador Maximiliano. W. MM. saben que en nosotros no quedan atrás el afecto y la gratitud.

Estamos en medio de grandes tribulaciones con el nuncio y, a este propósito, debo decir que mi sentido político me ha hecho equivocar, mientras que V. M. tenía razón. Jamás hubiera creído posible que frente a los intereses de la religión tan íntimamente ligados a los del concordato, el nuncio pusiera la menor dificultad. Sin embargo está como loco y el domingo he hecho reír al mariscal diciéndole irreverentemente "que debíamos echar al nuncio por la ventana". En efecto, es como un cerebro trastornado, con una ceguera y una obstinación increíbles que no pretende nada menos que el país que odia todo lo que es teocracia, desea que se devuelvan los bienes al clero. Como si a pleno sol nos vinieran a decir que es noche, pero, por desgracia y reconozco que para nosotros, católicos de este siglo, es una humillación, la corte de Roma es así. Napoleón I emitió sobre el particular apreciaciones de palpitante actualidad y, sin embargo, Pío VII fue un gran Papa que celebró el concordato de 1801.

El emperador, en una entrevista muy franca con el nuncio, le había comunicado las bases del concordato y, según sus respuestas, creía que sobre tres o cuatro puntos no existía divergencia alguna y sobre

otros se informaría a Roma. Como si nada se hubiese hablado y no quiero aquí calificar la actitud del nuncio a quien dos días después se le envía una persona de confianza y le declara que no tiene instrucciones de ningún tipo, ergo, que no hará nada. Rayos y truenos para todo el ministerio, para el emperador, para mí; se decide en consejo de ministros y el emperador lo comunica al mariscal que queda encantado, que si el nuncio no se rinde se publicará una carta ratificando las leyes de Juárez.

Según el deseo del emperador, quien no quiso verlo después del desmentido dado a las aserciones hechas, al día siguiente, víspera de navidad, hice venir al nuncio y le hablé durante dos horas. Puedo decir a V. M. que nada me dio una idea más justa del infierno que esta conversación, puesto que el infierno no es otra cosa que un callejón sin salida. Querer convencer a alguien sabiendo que todo es pura pérdida, que es como si se le hablase en griego porque ve negro donde uno ve blanco, es una tarea digna de un réprobo. Todo resbalaba sobre el nuncio como sobre un mármol pulido.

Por fin terminó diciéndome que era el clero el que había construido el imperio. Un momento —le dije—, no fue el clero, fue el emperador el día que llegó. Le presenté las cosas en todos los tonos posibles, serios, jocosos, graves y casi proféticos; pues me parecía que una coyuntura podía traer complicaciones, quizás hasta una ruptura con el santo trono, para gran detrimento de la religión. Nada sirvió; sacudió mis argumentos como se sacude el polvo; no puso nada en su lugar y parecía recrearse en el limbo que creaba a su alrededor y en la negación universal de la luz.

Le planteé, entonces, el ultimátum de la carta del emperador y le dije, levantándome: "Monseñor, pase lo que pase, me tomaré la libertad de recordaros esta conversación; nosotros no seremos responsables de las consecuencias; hemos hecho todo por tratar de evitar lo que va a suceder pero, si la Iglesia no quiere ayudarnos, nosotros la serviremos a pesar de ella".

Al día siguiente el emperador mantuvo una conferencia con los ministros de Estado, de Relaciones Exteriores y de Justicia, para la cual

citó al arzobispo, al Sr. Lares y me rogó que asistiese. Nos hizo un informe improvisado, admirablemente claro, sucinto y vigoroso de la cuestión desde su origen; nos dijo cuánto había esperado por deferencia al santo trono y, para terminar, habló de la necesidad de una solución. Como última tregua, el ultimátum planteado al nuncio fue aplazado hasta el 1º de enero.

El Sr. Lares y el arzobispo temblaban ante la posibilidad de ver renacer la ley Juárez; prometieron hacer todo lo posible para doblegar al nuncio, a pesar de que las respuestas que dio al Sr. Lares fuesen idénticas a las mías. El ministro de Justicia se ofreció a hablarle otra vez. Los jefes del partido conservador están por el concordato como única tabla de salvación para evitar las Leyes de Reforma. No tengo noticias de las últimas tentativas hechas frente al nuncio, pero está claro que no se logrará nada; supongo que se irá.

El emperador recordó con toda fuerza al arzobispo y al Sr. Lares que por medio del concordato hacía concesiones a la religión contra la voluntad de la nación, porque comprendía que el país debía ser católico y que lo cumpliría, pero que Roma había faltado a su palabra enviando un nuncio sin instrucciones y la dignidad y el interés del pueblo mexicano exigían que el gobierno declarase irrevocablemente su voluntad para devolver la paz al país, cuyas disensiones no tienen otra fuente que la cuestión de los bienes del clero.

El emperador fue extremadamente elocuente y encontré que las personas presentes se expresaban peor a pesar de ser abogados, pues prefieren los subterfugios a una solución radical; en particular el Sr. Lares. Sin embargo, hablando relativamente, sus actitudes han dejado satisfecho y sorprendido al emperador, pues prueban que las ideas de estos señores hasta cierto punto se encaminan hacia el progreso, pues hace seis meses se habrían creído condenados por lo que hoy aceptan de bastante buen grado.

Me disgusta tener que decir a V. M. que sea como consecuencia del necesario regreso de las tropas o por no sé que mala suerte, la pacificación del país está de nuevo llena de dificultades. Ayer, por

ejemplo, Romero<sup>10</sup> atacó Toluca que sólo está a pocas horas de México. No me asombraría que venga a pasearse hasta aquí. También debo señalar la indulgencia demasiado grande de nuestro buen mariscal para con las tropas mexicanas reclutadas durante la intervención y que ahora levantan el campo de puestos que se suponen están protegidos por ellas. Es verdad que la expedición de Oaxaca acaba de comenzar con un hermoso hecho de armas, tal como sabe hacerlo el ejército francés, pero lamento que se haya confiado a un general, que a pesar de ser un hombre excelente, no es bastante distinguido, el Gral. Courtois d'Hurbal. Hace cuatro meses, el Gral. Brincourt, que estudiaba la empresa desde hacía dos años con toda la fogosidad de su carácter, estaba a dos días de Oaxaca cuando recibió contraorden y tuvo que replegarse a Tehuacán. Luego le fue retirado el comando de Puebla y lo nombraron en Nuevo León donde no tiene nada que hacer. Es lamentable que mientras un oficial tan enérgico está desocupado, las bandas circulan divirtiéndose. Y nuestro excelente mariscal no quiere creerlo; hace ocho días en la primera alerta en Toluca, yo le preguntaba si no mandaría a nadie contra Romero y me respondió con su fina sonrisa que "todo eso eran exageraciones". Nos hubiese evitado a él y a nosotros la humillación de tener al enemigo a las puertas de la capital, poniendo en peligro la vida de gentes que hace dos meses nos aclamaba. Con tales eventualidades no existe simpatía que pueda mantenerse.

El mariscal Bazaine es un hombre lleno de espíritu; excepcionalmente bueno, leal y devoto al país, de vasta capacidad militar, alcanza buen éxito en todo lo que emprende de cualquier naturaleza que sea. Me pregunto, entonces, cómo han podido producirse los hechos que acabo de mencionar a V. M.: la destitución del Gral. Brincourt, el envío del Gral. Courtois a Oaxaca y los ataques devastadores de las bandas ante nuestros ojos y los de todo el mundo; hace dos meses estaba presente el mariscal en Toluca cuando vimos a los guerrilleros a caballo a 2,000 metros en el campo. Entonces no se lo dije

---

<sup>10</sup> Se refiere a Nicolás Romero, famoso guerrillero.

a V. M. para no cometer una indiscreción, pero hoy no quiero dejar de decir nada que pueda resultar útil.

No veo en todo esto ninguna consecuencia natural del carácter bien conocido del mariscal a quien queremos y estimamos sinceramente; supongo que al igual que los grandes sufren influencias de la corte, los jefes del ejército deben sufrir presiones del cuartel general. Y temo que se encuentre en el gabinete del mariscal, quizás en su jefe el teniente coronel B. (Boyer) la solución de todo el problema. No tengo ningún hecho positivo en qué apoyarme pero se dice que las mujeres adivinamos lo que no sabemos y tengo la íntima persuasión de lo que digo, confiando en la bondad de V. M., pues es muy atrevido de mi parte hablarle de tales cosas, pero como hace varios meses tengo esta convicción me dirijo a título de hermana al que la etiqueta me autoriza y que mi corazón ratifica para someteros esta opinión, rogándoos que no pase del emperador.

Repito que no tenemos la menor queja ni motivo de descontento de este oficial; lo tratamos tan cordialmente como a los otros; cada vez que ha estado en nuestra intimidad se ha expresado sobre nosotros con toda benevolencia y no hace mucho, en ausencia del emperador, le he procurado la medalla de la cruz de Guadalupe que le había sido conferida este verano. No es, pues, que quiera intrigar contra él pero creo que si en la forma más honorable se le pudiese alejar de este país, sea por un ascenso o por una misión o posición más elevada que le hiciese ver la cuestión como una distinción y un favor, los intereses de México y, por tanto los de Francia, saldrían ganando sensiblemente. Existen hombres que hacen mal en una posición, que harían el bien en otra y, lo que es aún más extraño, es que a menudo he notado que las personas que hacen malos negocios juntos, se desenvuelven perfectamente separados.

El mariscal, cuyas cualidades acabo de enumerar, tiene una ligera debilidad: se deja impresionar en forma increíble por un hombre de su tropa. De ahí el peligro del ambiente. Su jefe de gabinete, por el contrario, es excesivamente tenaz, íntegro y seco, hecho a la manera de los burócratas o cuya carrera se haya visto obstaculizada por alguna



causa, lo que los ingleses llaman hacer *mishief*. A juzgar por el exterior es el único oficial cuyo físico no recuerdo, pues su expresión siempre es agria y tiene una rigidez poco atrayente.

No sé si el mariscal, que trata paternalmente a todos sus ayudantes de campo, tiene particular afecto por este jefe de su cancillería; nada me lo hace suponer. Lo que no sé tampoco es si los jefes de gabinete de los mariscales pueden tener otros destinos; quizás si el cambio fuese ventajoso, B. (Boyer) optaría por él. Dejo esto a la apreciación de VV. MM. y creo que con la franqueza de mi explicación he actuado bien tanto en su interés como en el de México y en el del mariscal por quien tanto me intereso. Si VV. MM. creen que he sobrepasado los límites de mis relaciones fraternales, otra vez seré más reservada.

Mientras tanto, os ruego recibáis la nueva expresión de los sentimientos de tierna amistad y sincera estimación con que soy la buena hermana y amiga de V. M.<sup>11</sup>

Carlota

---

<sup>11</sup> Original en francés.

## PROLIJO INFORME DE MAXIMILIANO A NAPOLEÓN

Chapultepec, diciembre 27 de 1864

A V. M. el emperador Napoleón III

Señor, mi hermano:

Recibí con gran placer la benévola carta de V. M. y me apresuro a contestar a los importantes asuntos que incluye.

Yo esperaba que al llegar a México la regencia y la administración francesa que gozaban entonces de toda autoridad, no solamente hubieran desbrozado, sino preparado el camino de modo que me pudiese poner de inmediato a zanjar las grandes cuestiones de reforma y de reorganización del país. Sólo puedo repetir a V. M. lo que Mr. Corta habrá debido reconocer: todo estaba por hacer.

1º—La cuestión de los bienes del clero fue objeto de mis primeros estudios. Siempre estuve resuelto a resolverla en el sentido liberal de los gobiernos europeos, pero, después de haber realizado diligencias personales ante el santo padre, después de haber obtenido la promesa de que con toda premura se delegaría un apoderado y haber recibido la noticia de su llegada, pensé que no sería conveniente resolver esta cuestión, en todo o en parte, sin la intervención del nuncio. Este prelado ha llegado a México hace quince días y de inmediato ha sido enterado de mis intenciones; cuando yo tenga la seguridad oficial de que no posee facultades para tratar los importantes puntos dejados en suspenso por causa suya, publicaré los decretos de nacionalización y de revisión de las ventas fraudulentas ya realizadas de los bienes del clero. Sólo quedarán, entonces, por reglamentar con la corte de Roma los artículos del *concordato*.

2°—En cuanto a la organización administrativa, era indispensable una nueva división del imperio en departamentos; este largo y difícil trabajo acaba de ser terminado; no me queda más que poner en vigor el sistema administrativo elaborado por mi ministro del Interior y sometido al consejo de Estado.

3°—La organización judicial, igualmente, está terminada. Pero, antes de instalar los nuevos tribunales era necesario resolver la cuestión de los bienes del clero. No puedo disimular que nuestros mejores y más honestos magistrados son los corifeos del partido clerical; una ruptura con el nuncio podía traer como consecuencia la desorganización de los tribunales apenas creados; por lo tanto, creí prudente esperar una solución que toca a su término.

Si bien es verdad que el partido del imperio se acrecienta día a día, no puede dejar de verse que la seguridad pública deja aún mucho qué desear puesto que ayer mismo recibí la noticia de la entrada del enemigo a Toluca, ciudad situada a pocas horas de México y que la emperatriz y yo visitamos apenas hace dos meses. Por el momento, entonces, lejos de apresurarme a dictar una ley de reclutamiento para la organización de un ejército mexicano, he decretado el licenciamiento de los numerosos cuerpos indisciplinados, más nocivos que útiles y que arruinaban al país, autorizando a los soldados a volver a sus hogares; con esto devolvemos a la agricultura brazos tan necesarios y no se conservará más que la médula formada por la flor y nata de los oficiales y soldados voluntarios.

4°—Antes de mi llegada al país, había creído que los capitales puestos a mi disposición por el empréstito mexicano bastarían para esperar la regularización de las finanzas del imperio. Perdí esta ilusión y, después de haber constatado la falta de un especialista mexicano, hice un llamado a la abnegación de Mr. Corta quien abandonó la partida —espero que momentáneamente— en momentos en que su presencia se hacía más necesaria.

Esperando la llegada de una persona capacitada en finanzas, he tratado de reunir las informaciones que faltaban para presentar un presupuesto para el próximo ejercicio; sometido en este momento

dicho presupuesto al examen del consejo de Estado, por una parte hace economizar al menos 10 millones de pesos y, por otra, promete notables aumentos en los ingresos. Además, para asegurar el establecimiento de un banco franco mexicano, he delegado a París a los Sres. Bourdillon y Baron. Todo me hace suponer que la banca ya está constituida; estos señores también debían elaborar con los Sres. de Germiny y Corta un proyecto de empréstito cuya necesidad es bien conocida. Espero, además, llegar a finiquitar en forma amistosa la cuestión del ferrocarril de Veracruz a México, sin crearme demasiadas dificultades para el porvenir.

Por fin, es objeto de toda mi solicitud la instalación de un gobierno regular en Sonora bajo la simultánea protección de las banderas francesa y mexicana, que me permitirá apreciar en un porvenir bastante cercano los recursos de esta importante parte de mi vasto imperio. En ese momento me encantará ver a Mr. Gwin y, con la instalación de dicho gobierno, atraer a los numerosos colonos estadounidenses que parecen no esperar más que su llamado para venir a buscar fortuna, agrupándose a su alrededor.

En cuanto a la reunión de un Congreso que tendría por objetivo provocar, por medio de un voto de confianza, la forma de conservar durante algunos años todavía un poder dictatorial, me permito hacer observar a V. M. que, en primer lugar, este voto de confianza ya me ha sido implícitamente otorgado por la gran mayoría de la población en el transcurso de mi última gira y, luego que, según la opinión de los mexicanos más liberales no es tiempo aún de poner en ejecución, con probabilidades de éxito, un proyecto que, en verdad, sería sancionado por Europa entera. Cuanto más estudio al pueblo mexicano, más me convenzo que habrá que tratar de hacerlo feliz a pesar de él y sin su colaboración.

Termino esta larga carta rogando a V. M. me recuerde a la emperatriz y os renuevo la seguridad de los sentimientos de alta esti-

mación y sincera y reconocida amistad con que soy el buen hermano de  
V. M.<sup>12</sup>

Maximiliano

---

<sup>12</sup> Original en francés.

SE ORDENA AL MINISTRO ANTE LA SANTA SEDE  
PLANTEE EL PROBLEMA

México, diciembre 28 de 1864

Excmo. señor, enviado extraordinario en Roma

Excmo. señor:

Acompaño a V. E. el memorándum de los preliminares de la negociación intentada con el nuncio de S. S. y piezas anexas. El terreno en que se ha colocado S. E. nos ha puesto en peor situación de la que guardábamos, haciendo sentir el tiempo perdido y las penosas gestiones practicadas para obtener su cooperación. S. M. ha juzgado necesario reparar prontamente los fatales efectos de la tardanza, disponiendo, en consecuencia, que se preparen las leyes que demanda la situación. Esta era la única respuesta que podía darse a la destemplada nota del nuncio, puesto que cualquiera directa habría producido necesariamente un abierto rompimiento. S. E. ha traspasado todos los límites.

Sobreponiéndose así S. M. al justo sentimiento de su ofensa y, animado del cordial afecto que profesa a la Santa Sede y al ilustre pontífice que la ocupa, ha querido dejarle tiempo todavía para cooperar a una obra en que tan directamente se interesan la Iglesia y el Estado.

No por esto deberá entenderse que todo quedará en suspenso, según pretendía el nuncio, hasta el recibo de nuevas instrucciones. La experiencia de lo ocurrido deja poca confianza en que se enviarán oportunamente, o que fueran cual convinieran, pues hemos visto que, debiendo venir enteramente preparado para resolver cuestiones demasiadamente conocidas, se presenta cual si jamás se hubieran previsto. Aunque las leyes a que antes aludía se expidieran con la menor tardanza

posible, todavía podrán dar tiempo para aprovechar el deseado concurso de la Santa Sede; mas, repito, que no se demorarán en su espera ni menos dejarán de efectuarse una vez que se hayan publicado.

Hago a V. E. estas explicaciones para que, comprendiendo que la resolución de S. M. es irrevocable, regule por ella sus comunicaciones con la Santa Sede. Dejo al talento y fino tacto de V. E. templar su dureza, recomendándole muy especialmente que nada se encuentre en sus palabras que parezca una amenaza y sí que expresen el profundo pesar con que S. M. obrará, una vez colocado en la última extremidad.

El ministro de Negocios Extranjeros  
(José Fernando) Ramírez

## MEMORÁNDUM ANEXO AL DOCUMENTO ANTERIOR

México, diciembre 28 de 1864

Excmo. señor enviado extraordinario en Roma

Excmo. señor:

Las esperanzas que se habían concebido, de allanar, con acuerdo del nuncio de S. S., las dificultades que han prolongado el malestar y paralizado la organización del imperio, comienzan a desaparecer. Considerando S. M. el emperador que una pronta acción era necesaria para reparar el tiempo perdido y que el estado actual de las cosas requería se presentara también de una vez el resumen de las exigencias de la situación, lo formulo en los nueve puntos de arreglo, contenidos en la copia número uno. De ellos dio conocimiento al nuncio de S. S. en una conferencia privada, advirtiéndole que deberían ser el asunto de las que tuviera con el ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, encargado de tratarlos.

El nuncio manifestó desde luego que algunos de los enunciados puntos eran de fácil arreglo; no así otros que combatió y respecto de los cuales dijo que, siendo materia de concordato, deberían tratarse en Roma. Bajo esta impresión, dispuso S. M. que el ministro de Justicia abriera las conferencias. Lo hizo así al día siguiente y en la primera que tuvo se expresó el nuncio de la misma manera que con el emperador. En la siguiente, mudando enteramente de lenguaje, manifestó que no tenía instrucciones, cerrando así la puerta a toda negociación.

No pudiendo concebirse que le faltaran para tratar el asunto relativo a los bienes eclesiásticos, siendo el de más urgente necesidad, el que debía formar el principal de su misión y que no admite más



dilatorias, se procuró entrar en él; mas S. E. tampoco le dio acceso, por la calidad de su demanda, que dijo ser la de sus instrucciones. Pretendió que se derogara en principio la ley de la materia; que se devolvieran a la Iglesia los bienes no enajenados; que, revisando las enajenaciones, se le aplicaran los frutos de la revisión y, en fin, que el Estado la indemnizara de lo que saliera perdiendo. Bien se concibe que, para hacer tales cosas, siendo factibles, no necesitaba el emperador del acuerdo de nadie. Hay más todavía; ellas habían comenzado a efectuarse por el episcopado mexicano sin gravamen del Estado, aunque sí con perjuicio de la quietud pública, porque dejaban vivos todos los motivos de perturbación y de discordia.

No pudiendo dar un solo paso en el terreno que había tomado el nuncio, el ministro de Justicia se vio obligado a exigir de S. E. que le declarara por escrito si tenía o no instrucciones para tratar sobre los puntos fijados, pasándole al efecto la nota número dos. S. E. dio la fatal contestación contenida en el número tres que, a las dificultades de la situación vino a agregar la acritud que no podía dejar de producir un lenguaje poco mesurado. Deslizándose, además, S. E. hasta desmentir al emperador y al ministro de Justicia y asentar especies que no había tocado en la conferencia con S. M.

El desgraciado giro que tomaba el asunto, no permitía ya dirigirse al nuncio, ni aun para acusarle recibo, porque habría sido necesario hacerle sentir toda la vehemencia del justo sentimiento que provocaba y sin otro fruto que el de agravar las dificultades. Proveyendo a éstas, S. M., conforme a sus exigencias y según había anunciado a la Santa Sede que lo haría, si no contaba con su oportuna cooperación, ha dispuesto que el ministro de Justicia le proponga las medidas convenientes, en el sentido de la carta que S. M. le dirigió y manifiesta el número cuatro.

A este extremo, que S. M. repugnaba y ha esquivado durante más de siete meses, lo ha conducido irresistiblemente el abandono en que se le ha dejado, haciéndole así lamentar el tiempo y las oportunidades perdidas con daño irreparable de la Iglesia, del Estado y de los particulares. Sin embargo, firme S. M. en los sentimientos de cordial adhesión a la Santa Sede y queriendo obrar con su acuerdo, para dar

solución a las dificultades y conjurar los peligros que rodean al altar y al trono encaminará el curso de los negocios, de manera que pueda obtener su concurso en tiempo oportuno. El emperador ha juzgado que sus deberes le imponían la estrecha obligación de dar principio a la obra, haciendo conocer sus intenciones en una materia que tan profundamente preocupa la atención pública y sobre la cual por largo tiempo ha esperado una resolución. S. M, ha querido tranquilizarla con la carta dirigida al ministro de Justicia; mas, como a ella deben seguir las leyes que hagan efectivas sus promesas, todavía dejarán ocasión a la Santa Sede para concurrir con su benéfica influencia a la consumación de una obra en que se interesan los bienes espirituales y temporales de ocho millones de sus hijos, la paz de las conciencias, el restablecimiento de la moral y del orden público y la consolidación de un imperio, que, haciendo una singular excepción en la época proclama a la faz del mundo que la religión católica apostólica romana es la religión del Estado.

Lo que comunico a V. E. reiterándole mi consideración.

El ministro de Negocios Extranjeros  
(José Fernando) Ramírez

PROTESTA EL NUNCIO PORQUE SE DESEA HACER RECAER  
SOBRE EL PAPA LA RESPONSABILIDAD DE LA CRISIS

A S. E. el señor ministro de Negocios Extranjeros

Excmo. señor:

La carta de S. M. el emperador al señor ministro de Justicia, publicada en el *Diario Oficial* del 27, relativa a la cuestión pendiente entre la Santa Sede y el gobierno mexicano que S. M. se propone resolver sin el concurso de la autoridad de la Iglesia, me pone en la triste necesidad de dirigir a V. E. este nuevo oficio, para protestar contra algunas expresiones inexactas e injuriosas al sumo pontífice y a su gobierno. Antes de someterlo a la rectitud de V. E. estimo oportuno, para mayor claridad, exponerle el verdadero objeto de mi misión.

V. E. sabe bien que yo he hecho conocer al gobierno imperial de palabra y por escrito, que mis instrucciones eran en todo conformes a la carta del santo padre al emperador, la cual hasta aquí ha permanecido oculta al público. He agregado que la misión que me ha confiado S. S. era, en primer lugar, la (de) procurar la derogación de la misma Ley de Reforma y de todas las otras aquí existentes todavía y contrarias a los sagrados derechos de la Iglesia; de reparar los agravios hechos a la misma; de reclamar el restablecimiento de las órdenes religiosas, la restitución de los templos y de los conventos, así como de los bienes eclesiásticos arrebatados o existentes y, finalmente, la plena libertad de la Iglesia en el ejercicio de sus derechos y de su sagrado ministerio. Cuando se me presentó por el gobierno imperial un proyecto de nueve artículos contrario a la doctrina, a la vigente disciplina de la Iglesia y a los sagrados cánones, con tendencia a despojar a la Iglesia de todos sus bienes, de su jurisdicción, de sus inmunidades y hacerla en todo

dependiente y esclava del poder civil, cosas todas ya condenadas por el romano pontífice, en dos alocuciones consistoriales, de 1856 y 1861, he contestado francamente que no tenía instrucciones para tratar sobre tales bases inadmisibles y he probado, sin réplica, que el santo padre no podía darme instrucciones sobre las mismas: primero, porque no debía suponer jamás que se propusiesen por el gobierno imperial; segundo, porque éste nada había promovido, ni con la Santa Sede ni con el eximio episcopado mexicano, el cual tenía, por el contrario, otras esperanzas y lisonjeras promesas.

Si, pues, el gobierno imperial ha tenido oculto hasta el último momento, este deplorable proyecto ¿cómo podía sorprenderse de que el nuncio de la Santa Sede no tuviere instrucciones a propósito? Y aquí V. E. permítame rechazar, con el respeto que merecen, pero con la franqueza que debo, las expresiones de la carta imperial, que dicen:

"A este fin procuramos, cuando estuvimos en Roma, abrir una negociación con el santo padre y se encuentra ya en México el nuncio apostólico; pero con extrema sorpresa nuestra ha manifestado que carece de instrucciones".

Esto es tanto como decir y querer persuadir al católico México de que sobre el santo padre debe recaer toda la responsabilidad de la inconcebible determinación de obrar en materias eclesiásticas tan importantes sin el concurso necesario de la autoridad espiritual. No podrá comprender, quien tenga sentido común, que la cabeza venerable de la Iglesia, conociendo las ideas y el proyecto del gobierno imperial, enviase un nuncio suyo para sancionarlas o enviándolo no le diese las instrucciones oportunas. Mas, increíble es todavía que, habiendo escrito una carta el santo padre al emperador, en que le habla acaloradamente de los males ocurridos a la Iglesia mexicana, le indica los remedios para curarla y los medios de restituirla a su antiguo esplendor, no pronuncie una palabra sobre las graves injurias que el nuevo proyecto causaría a la Iglesia, ya tan atormentada.

Y ¿a quién se querrá hacer creer que un soberano enviase un representante suyo a una corte, para tratar de negocios tan importantes y le dejase enteramente privado de las instrucciones necesarias?

Protesto, pues, contra cualquiera expresión o insinuación que tienda hacer caer sobre el sumo pontífice la más ligera responsabilidad por cuanto pueda hacerse aquí, que sea contrario a la Iglesia y a sus derechos. Afirmo que S. S., su gobierno y el nuncio no han tenido jamás conocimiento de proyectos o resoluciones que, en vez de calmar las conciencias timoratas y de restituir la paz a los espíritus, producirían mayores perturbaciones y angustias.

Con este motivo, tengo el honor de renovar a V. E. las seguridades de mi más distinguida consideración.

México, 29 de diciembre de 1864.

El nuncio apostólico  
Pedro Francisco  
Arzobispo de Damasco

REQUISITORIA DE MAXIMILIANO  
A LOS DIGNATARIOS DEL CLERO MEXICANO

(30 de diciembre de 1864)

(Sres. arzobispos de México y de Michoacán y obispos de Querétaro y Tulancingo)

Señores:

He leído con gusto vuestra exposición de 29 de diciembre último y la he examinado con la profunda atención que me exigen mis deberes de soberano.

En ella dirigís, si bien en términos respetuosos, recriminaciones a mi gobierno, queriendo compararle con anteriores gobiernos de triste recordación y tratáis después, ignorando, como en más de una ocasión lo habéis dado a entender, el estado de las últimas negociaciones relativas a los asuntos eclesiásticos.

Yo desearía que esta cuestión no la hubiese juzgado tan severamente, sin haberla antes estudiado en todos y cada uno de sus detalles. La calma, la reflexión y la humildad y dulzura, son la mejor prenda y el mejor adorno de una dignidad de la Iglesia. Ignoráis lo que ha pasado en Roma entre uno y otro soberano; no habéis asistido a las negociaciones y conferencias que han mediado con el nuncio y no podéis, por lo tanto, juzgar de parte de quién se halla la razón, de parte de quién proceden las usurpaciones, si es que acaso las ha habido. Como buen católico y soberano fiel a sus deberes, yo debo correr el velo sobre ciertas cosas, dejando a dios y a la historia el cuidado de justificar mis actos; pero quiero, al mismo tiempo, contestar a algunos puntos de vuestra exposición.

Hace seis meses que mi gobierno esperaba y con razón sobrada, un nuncio con grandes poderes para terminar el lamentable estado en que las cosas se encontraban, por medio de sanas y enérgicas reformas conformes con el sentido del verdadero catolicismo y era tanto más fundada esta esperanza de mi gobierno, cuanto que mi ministro de Estado había enviado, por orden mía, una nota apremiante a Roma, exponiendo con laudable franqueza la situación violenta y difícil en que se encontraban los asuntos eclesiásticos y la imprescindible y dura necesidad en que nos veíamos de dar una solución por nosotros mismos, si no tenía lugar un pronto satisfactorio arreglo, que todos deseábamos. Esta nota, como todo el mundo sabe, llegó a Roma mucho antes de la salida del nuncio.

Con la esperanza de un arreglo tan inmediato como deseado, recibimos al nuncio con distinciones y deferencias, rara vez concedidas a un dignatario de la Iglesia ni a ningún embajador. Yo hice entonces lo que no acostumbran generalmente hacer los soberanos: invitar al nuncio, a poco de su llegada a esta capital, a una conferencia. En ella le manifesté, con la mayor franqueza, aquellos puntos en que mi gobierno podría mostrarse condescendiente y en los que, por el contrario, no podría dar jamás su consentimiento. Estos puntos me habían sido marcados por mi deber y mi conciencia, después de un estudio minucioso y atento del estado de cosas en el imperio de México. El nuncio fue en esta conferencia bastante explícito; declaró que tenía poderes para resolver algunos de aquellos puntos y que los demás para los que él no se hallaba facultado se arreglarían en Roma.

Mi más ardiente deseo le veía en gran parte realizado y, conociendo la marcha lenta y pesada de los asuntos en Roma, supliqué al nuncio concertara con mi ministro de Gracia y Justicia un medio que, entretanto se daba una solución definitiva a los asuntos pendientes, tranquilizase a la nación y le diese un testimonio de nuestra paternal solicitud y el buen deseo de nuestro gobierno.

En su primera conferencia con mi ministro, el nuncio se expresó de la misma manera que lo había hecho conmigo y nuestro gobierno abrigaba las más halagüeñas y dulces esperanzas. 24 horas después de

esta conferencia y, contradiciendo abiertamente cuanto había manifestado en la anterior, el nuncio declaró que no tenía poderes y así lo manifestó luego terminantemente al ministro de Estado en una carta concebida en términos bien extraños e irrespetuosos, confiando sin duda en nuestra indulgencia. Faltaba, pues, el concurso de los dos poderes. ¿Cómo hacer sin este concurso un arreglo o concordato cualquiera? Después de este inesperado acontecimiento, nuestro gobierno, que tiene la conciencia de su dignidad y de sus deberes, no podía esperar tres meses para exponerse a un desengaño igual y dejar sin resolver cuestiones de interés vital para el país y, sobre todo, que el gobierno no pretendía nada que ya no se hubiese practicado en otros países católicos con la aquiescencia de la Santa Sede.

La gran mayoría de la nación exige y tiene derecho a exigir esta solución y, en este punto, yo estoy seguramente en situación de juzgar con más acierto que el episcopado, porque acabo de recorrer la mayor parte de vuestras diócesis, entretanto que vosotros permanecéis tranquilos en la capital después de vuestro destierro, sin que os importe el estado de vuestras diócesis. Por todo esto y después de un maduro y detenido examen, después de haber consultado mi conciencia, después de haber oído el parecer de eminentes teólogos, me decido por un acto que en nada perjudica al dogma de la religión católica y que asegura en cambio a nuestros conciudadanos la garantía de las leyes.

Quiero, antes de terminar, llamar vuestra atención sobre un error en que habéis incurrido en vuestra exposición. Decís que la Iglesia mexicana no ha tomado parte nunca en los asuntos políticos. ¡Pluguiera a dios que así fuese! Pero desgraciadamente tenemos testimonios irrecusables y en gran número, por cierto, que son una prueba bien triste, pero evidente, de que los mismos dignatarios de la Iglesia se han lanzado a las revoluciones y que una parte considerable del clero ha desplegado una resistencia obstinada y activa contra los poderes legítimos del Estado.

Convenid, mis estimados obispos, en que la Iglesia mexicana, por una lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en



los asuntos de los bienes temporales, olvidándose en esto y despreciando completamente las verdaderas máximas del evangelio. Sí; el pueblo mexicano es piadoso y bueno, pero no es católico en el verdadero sentido del evangelio y, ciertamente, que no es por su culpa. Ha necesitado que se le instruya, que se le administren los sacramentos gratuitamente, como manda el evangelio y México, yo os lo prometo, será católico. Dudad, si queréis, de mi catolicismo; la Europa conoce ha mucho tiempo mis sentimientos y creencias; el santo padre sabe cómo pienso; las iglesias de Alemania y de Jerusalén, que conoce como yo el arzobispo de México, atestiguan mi conducta sobre este punto. Pero buen católico como yo lo soy, seré también un príncipe liberal y justo.

Maximiliano